

Clayde Canales Hu

TRAEM

NARRADORES
DE MEMORIAS

8

CLAYDE CANALES HUAMANTUPA

Si querías sobrevivir
tenías que estar calladito
esperar la oportunidad de
escapar

Clayde,

sobrevivir al terror.



Este testimonio se publica con el conocimiento
y autorización de los narradores.

NARRADORES
DE MEMORIAS

8

CLAYDE CANALES HUAMANTUPA

CL
AY
DE





PERÚ

Ministerio de Cultura



Ministra de Cultura
BETSSY CHÁVEZ CHINO

**Viceministra de Patrimonio Cultural
e Industrias Culturales**
JANIE MARILE GÓMEZ GUERRERO

**Director del Lugar de la Memoria,
la Tolerancia y la Inclusión Social**
MANUEL BURGA DÍAZ

Centro de Documentación e Investigación del LUM
ELENA PRÍNCIPE
MARIO MEZA
JULIO ABANTO
CARLOS PAREDES

Cuidado de edición
TERESINA MUÑOZ-NÁJAR

Corrección de estilo
JUANA IGLESIAS

Diseño y diagramación
EVELYN ROQUE
MANUEL ESPINOZA

Narradores de memorias 8: Clayde, sobrevivir al terror

© **Ministerio de Cultura**
Av. Javier Prado Este 2465, San Borja - Lima, Perú
Teléfono: (+511) 618-9393
www.cultura.gob.pe

© **Lugar de la Memoria, la Tolerancia
y la Inclusión Social - LUM**
Bajada San Martín 151, Miraflores - Lima, Perú
Teléfono: (+511) 719-2065
Lum.publica@cultura.gob.pe
www.lum.cultura.pe

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2021-12340
Obra completa: ISBN 978-612-4391-42-2
Volumen 8: ISBN 8: 978-612-4391-50-7

Impreso en: Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156-164, Breña
Primera edición: agosto 2022
Fotografía de portada: LUM

Tiraje: 1000 ejemplares

Contenido

Presentación	8
Introducción	14
Testimonio de Clayde Canales Huamantupa	20
Mi familia y mi nacimiento: de Lima a Apurímac (1976-1984)	23
Nuestra partida hacia el Ene-VRAEM (Satipo, 1984-1989): relación con los colonos y con la comunidad ashaninka	28
Sendero Luminoso desata la violencia en el río Ene (1985)	40
Escapando para sobrevivir: la salida hacia Satipo (1989)	45
Partiendo hacia el Alto Huallaga, entre Huánuco y San Martín (1990)	58
El retorno a Lima para rehacer nuestras vidas (1990 -1999)	62
El impacto de la violencia y del desplazamiento	70

Mi ingreso a la carrera de Geografía en la UNMSM (2000-2004)	78
La CVR, reconocirme como víctima y el acceso a las reparaciones (2005-2016)	83
Mi participación en las organizaciones de víctimas, regreso a Satipo y el proyecto Bosque de la Memoria (2016-2020)	94
Reflexiones finales: jamás olvidar	106
Testimonio de Antonio Canales Castro	111
Testimonio de Rubén Quillahuamán Conde	123
Referencias bibliográficas	128

“

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;*

*y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.*”

ANTONIO MACHADO
(1875 - 1939)

Extracto del poema
“Anoche cuando dormía” (1907)

Presentación

“La resiliencia no es solo contar la desgracia. Es más bien reflexionar en la manera de retomar la vida después del trauma”¹.

Boris Cyrulnik.

En mayo del 2019, nuestro director, Dr. Manuel Burga, realizó un viaje a Alemania, gracias a una cordial invitación de la embajada de ese país en el Perú, con la finalidad de visitar los museos y las instituciones de memoria de las ciudades de Berlín y Leipzig, espacios en los que se conservan e investigan los hechos ocurridos entre los años 1933 y 1945, relacionados al ascenso, apogeo y caída del Partido Nacional Socialista. Posteriormente, el doctor Burga asistió al Musée national de l’histoire de l’immigration en París,

1 “La resilience, ce n’est pas raconter son malheur. C’est réfléchir à la manière de reprendre la vie après le trauma”. A propósito del Quinto Diálogo realizado el 11 de diciembre de 2021 en el VI Encuentro Internacional LUM.

donde se preserva la memoria de los inmigrantes que llegaron a Francia procedentes de África y de las numerosas provincias ultramarinas francesas.

Estas dos experiencias constituyen sucesos respecto a los cuales, tanto sus investigadores como los gobiernos involucrados, tratan de encontrar explicaciones, causalidades y legados que ayuden a construir nuevas ciudadanías. En ambos casos, las memorias personales, de familias y grupos sociales que dan cuenta de lo ocurrido, desde diversas perspectivas y circunstancias, conforman testimonios originales e insustituibles que inspiraron nuestro proyecto “Narradores de memorias”, el cual nació el mismo 2019.

El proyecto se convirtió, de inmediato, en un trabajo prioritario para los equipos del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM). Sin embargo, el forzado confinamiento por la pandemia

del COVID-19 desaceleró el proceso que iniciamos con tanto entusiasmo por lo que, finalmente, decidimos que este fuera coordinado desde el Centro de Documentación e Investigación del LUM. Fue así que concurrieron experiencias e iniciativas individuales que nos ayudaron a identificar a los *narradores* (básicamente deudos de las víctimas del accionar terrorista) y así acopiar sus memorias del modo más fidedigno posible.

Esta tarea no solo ha representado para nosotros un aprendizaje notable, sino que nos ha mostrado la importancia de escuchar al otro y de escucharnos todos con el alma abierta, libres de todo prejuicio. Se le ha brindado la oportunidad a cada *narrador* de presentar su historia desde sus propias y dolorosas vivencias, desde las inquietudes y preocupaciones del presente, con la certeza de que estas dejarán de ser patrimonio privado para, en adelante, formar parte de nuestra experiencia nacional.

Ahora bien, cada *narrador* organizó su testimonio de manera espontánea, haciendo un ejercicio de memoria activa e integradora, con el ánimo de confrontar sus recuerdos e identificar las profundas huellas que no les permiten aún superar el evento traumático. De este modo, el LUM se suma a los esfuerzos por impulsar proyectos de memorialización que formen parte de las políticas públicas, articuladas con la justicia transicional, para que las nuevas generaciones conozcan estas historias y la indesmayable lucha de sus deudos por la verdad, justicia, reparación y no repetición de lo sucedido.

Los *narradores*, como testigos afectados por la barbarie, también han encontrado en el testimonio oral convertido en escritura una manera de aliviar el dolor de sus pérdidas, el consecuente drama de la búsqueda de justicia, y este proyecto, casi sin habérselo propuesto, se convirtió en un modo de identificarnos con ellos; enfatizando la necesidad

de que trasciendan el sufrimiento vivido a través de una mayor resiliencia, fraternidad, reciprocidad y solidaridad compartidas. Boris Cyrulnik se pregunta: “¿Cómo definir la resiliencia?”. De inmediato responde: “La definición más sencilla: [consiste en] la reanudación de un desarrollo después de una agonía física”². Ese es también nuestro objetivo: la reanudación de sus vidas, de sus familias, de sus comunidades, y del desarrollo de nuestro país. Sus testimonios están acompañados por las opiniones de diversos profesionales e investigadores que exponen sus puntos de vista sobre el denominado período de violencia que afectó al Perú entre 1980 y 2000.

Finalmente, expresamos nuestra gratitud tanto a los analistas como a los testificantes por confiar en el proyecto “Narradores de memorias”; así como al Ministerio de Cultura, a la Fundación Ford y al

2 Ana Guadalupe Sánchez y Laura Gutiérrez. “Criterios de resiliencia”. Entrevista a Boris Cyrulnik. Barcelona: Gedisa, 2016, p. 55.

Proyecto Especial Bicentenario por haber hecho posibles la investigación, edición y publicación de los diversos números de esta nueva colección del LUM.

**Lugar de la Memoria, la Tolerancia y
la Inclusión Social**

Introducción

Este volumen le pertenece a Clayde Canales Huamantupa, nacida en Lima el 8 de agosto de 1979. Hija de Nieves Huamantupa (Huaytará, Huancavelica) y Antonio Canales (Maramara, Apurímac), dos jóvenes migrantes que llegaron a la capital en los sesenta y formaron una familia con tres hijos: Carmen, Clayde y Denis, que se asentó en Collique, al norte de Lima, en una casita propia que lograron conseguir con mucho esfuerzo.

Sendero Luminoso (SL) inició sus acciones en Chuschi (Ayacucho) en 1980. En ese entonces, la familia Canales vivía una situación muy precaria en Lima, por lo que decidieron retornar a tierra segura en Maramara (Apurímac), lugar de nacimiento del padre de Clayde, a quien enviaron primero a la casa de los abuelos paternos; luego se trasladó la familia completa. Desafortunadamente, su situación no mejoró porque en la comunidad los miraban con recelo, sospechosos de ser “terrucos encubiertos”; y a pesar de que su padre trabajaba en la Municipalidad,

fue tomado prisionero y golpeado por soldados hasta perder el ojo izquierdo, por lo que tuvieron que salir de allí.

“Tienes que irte”, le dijo su padre a Clayde, quien a partir de ese terrible episodio inicia una serie de desplazamientos que se convierte en el eje central de este volumen, narrado desde su formación de geógrafa y resumiéndolo en tres etapas: 1. De Apurímac a Junín (1984-1989), escapando de las sospechas y encaminándose a una aventura en tierras de la selva central; 2. De Junín a Huánuco (1990), el paraíso de la coca en el Alto Huallaga; y 3. De Huánuco a Lima, haciendo camino para hacer los sueños realidad.

El primer desplazamiento los lleva a un lugar lejano, del cual habían escuchado hablar como un lugar de refugio, ubicado en el río Ene, Pangoa, en la provincia de Satipo. Allí convivieron con la comunidad asháninka y los colonos, pero pronto llegaría SL y comenzaría de nuevo el terror. Las escuelas se convirtieron en un centro de entrenamiento: los

senderistas destruyeron los libros de historia para enseñar una nueva; y cuando llegaron las fuerzas del orden, se internaron en el bosque y crearon, en palabras de Clayde, “campos de concentración”, donde se hallaban nativos cautivos.

Ante esta situación el tío Fabián dijo: “¡Nos vamos!”. Y en 1989 la familia se trasladó a Satipo, pero desafortunadamente este era un pueblo fantasma, con gente peligrosa y desarraigada. Luego Clayde partió en busca de trabajo hacia una provincia de Huánuco, muy cerca de Tocache, en San Martín, donde había extensas plantaciones de coca, sin el asedio permanente de SL. Allí solo podían sobrevivir, nada más. Por esta razón, regresaron a Lima en la búsqueda de seguridad, salud, trabajo y educación para Clayde y sus hermanos.

Clayde tenía 11 años cuando comenzó a laborar como “niña del hogar”, tal como lo hacían su madre y su hermana; mientras que el papá trabajaba en Huánuco para ayudar desde allá. Así, tras superar muchos obstáculos que le parecían insalvables, pudo

terminar la primaria y la secundaria e ingresar a la Universidad de San Marcos para estudiar Geografía. Una vocación que descubrió y que le permitió entender esos desplazamientos donde perdió a muchos familiares y que le han dejado imborrables huellas en el alma.

Sus estudios en San Marcos le dieron el valor para reconstruir el pasado, buscar a otras personas afectadas por la violencia, compartir sus penas, enfrentar sus propios fantasmas, reclamar reparaciones y experimentar el amor y la compañía de Rubén, a quien conoció cuando vestía un uniforme de soldado que la devolvía a la época del terror. Esa conjunción de vivencias le hizo recordar, ofrecer sus memorias y mirar lo vivido con más empatía; contar el infortunio como una lección de vida servirá a otros y le permitirá afirmarse para encarar mejor el futuro.

Manuel Burga
Director del LUM



Clayde Canales (2013).
Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

“

*Cada día que pasaba era
una tortura, teníamos miedo
hasta de respirar porque
podían malinterpretarnos y
matarnos.*

- CLAYDE CANALES -

”



La primera vez que vi a los terroristas yo estaba en el patio jugando con mi hermana y una gallinita.

De pronto apareció un montón de hombres detrás de mí. Tenían capuchas y armas. Allá en la selva es común y corriente que los comuneros caminen con su escopeta, su machete y un palo, pero las armas que tenían ellos no eran las que yo estaba acostumbraba a ver. El cuerpo se me congeló, no sabía de qué se trataba, pero el corazón me decía que algo malo estaba sucediendo.

No recuerdo si mi papá vino en ese momento o después, pero sí que los terroristas empezaron a ordenar que las personas se reunieran en la plaza. Allí les pidieron que se fueran con ellos.

La primera vez que se llevaron a mi papá y a mi mamá, nosotros no teníamos ni idea de lo que estaba pasando.

Incluso hasta ahora mi mamá nos cuenta ese episodio por partes. Se los llevaban y regresaban días después.

- CLAYDE CANALES HUAMANTUPA³ -



³ Actualmente, Clayde tiene 42 años y es madre de dos hijos: María y Nicolás. Se graduó como geógrafa en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y realiza labores de consultoría tanto en instituciones públicas como privadas.

TESTIMONIO DE CLAYDE
CANALES HUAMANTUPA

Mi familia y mi nacimiento: de Lima a Apurímac (1976-1984)

Mi mamá se llama Nieves Huamantupa Huamaní y nació en Huaytará (Huancavelica). Mi papá es Antonio Canales Castro, quien es del pueblo de Maramara, que entonces pertenecía al distrito de Ongoy de la provincia de Andahuaylas (Apurímac)⁴. A los 11 años mi madre escapó de su casa y vino a Lima a trabajar como empleada doméstica. En esa época muchas mujeres hacían lo mismo porque en el campo todavía se tenía la creencia de que solo los varones debían ir a la escuela. Mi padre, siendo un adolescente, también migró a la capital (al igual que sus hermanos) más o menos a la misma edad que mi mamá.

Ambos vivieron en Lima durante su adolescencia, trabajando de día y estudiando por las noches. Se

⁴ En la actualidad, Mara Mara es un centro poblado del distrito de Huaccana, provincia de Chincheros, departamento de Apurímac.

conocieron alrededor de 1975 o 1976 y se juntaron para cuidar a Fabián, el hermanito de mi mamá que mis abuelos maternos habían enviado acá. Así es como se forma mi familia. Inicialmente vivimos en el Callao, posteriormente mis padres consiguieron una casa en Collique⁵. Ellos tuvieron tres hijos: dos mujeres y un varón. Yo soy la segunda.

Mi hermana se llama Carmen Rosa y mi hermano Denis Anthony. Mi tío Fabián era como un hermano mayor para mí. Hasta ahora lo es. Yo nací el 8 de octubre de 1979 en la Maternidad de Lima. Por esos días mi mamá presentaba algunos problemas de salud y mi papá no conseguía trabajo. Nuestra situación económica era un poco complicada. Cuando nació mi hermano, el médico le detectó a mi mamá una malformación congénita en el corazón y le dijo que tenía que operarse o llevar una vida tranquila hasta que tuviese la posibilidad de hacerlo. A raíz de eso mi papá decidió regresar a su pueblo. Vendió nuestra casa y todo lo que teníamos, y la familia se trasladó a Apurímac. Un año antes, a mí ya me habían mandado donde mis abuelos paternos.

5 Zona ubicada en el distrito de Comas.



Clayde Canales (izquierda, polo rosado) junto a sus padres (Nieves Huamantupa y Antonio Canales) y hermanos (Denis y Carmen) cuando llegaron a Lima en 1990.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

Antes de irnos, vivíamos en la quinta zona de Collique. A pesar de los apuros económicos, mis padres habían conseguido tener una casa propia, aunque solo estaba construida hasta la mitad.

Cuando viajamos, no sabíamos que en algunas provincias ya empezaba el problema del terrorismo⁶.

⁶ La organización terrorista denominada Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso desató en el Perú una vorágine de violencia que tuvo como fecha de inicio el 17 de mayo de 1980, tras la destrucción de material electoral en la comunidad de Chuschi (Ayacucho). En un inicio, el desconocimiento sobre el actuar de Sendero Luminoso hizo que la prensa tradicional abordara los actos terroristas como hechos aislados perpetrados por delincuentes comunes.

Una vez en Apurímac, mi papá comenzó a trabajar para la municipalidad del pueblo donde nació, que era muy pequeña. Una de las cosas que hacía era cobrar una especie de peaje para el mantenimiento del puente de Ccanchi.

Una vez se encontró con unos militares, quienes le preguntaron si había visto pasar a un grupo de personas. Él respondió afirmativamente y eso fue todo: los militares no le dijeron nada más. Unos cuantos días después llegaron a la casa y obligaron a mi mamá a buscarlo.

“*Cuando lo atraparon,
lo golpearon
delante de nosotros,
rebuscaron toda
nuestra casa y luego
se lo llevaron.*”

¿Por qué ocurrió todo esto? Mi papá había regresado después de muchos años con su familia a vivir a su pueblo. Sin embargo, muchos de los vecinos no lo

consideraban como parte de la comunidad, pensaban que era un extraño, un terrorista o algo así. Nosotros llegamos a Mara Mara en busca de tranquilidad y nos dimos con la sorpresa de que allí había un problema social. Aquella vez mi papá se salvó porque mi abuelo, que había sido militar, y las autoridades del pueblo lo avalaron, explicando que él había vuelto de Lima simplemente para trabajar.

En aquella oportunidad, recuerdo, lo torturaron dentro de la casa comunal de Mara Mara. Luego se lo llevaron a Chungui (Ayacucho) junto con otras personas y continuaron maltratándolo hasta hacerle perder un ojo con el paso del tiempo. Entonces mi abuelo le dijo: “Hijo, no te puedes quedar acá, las cosas están difíciles. Mejor vete”. “¿A dónde voy a ir –respondió mi papá– si en Lima no me ha ido bien?”.

Nuestra partida hacia el Ene⁷-VRAEM⁸ (Satipo, 1984-1989): relación con los colonos y con la comunidad ashaninka⁹

Para ese momento toda mi familia materna, antes de que nosotros viajáramos a Apurímac, ya había migrado al río Ene, como colonos. Mi padre se acordó de que, en algún momento, mis tíos le contaron que la situación económica no era tan mala, pues había muchas tierras en las que se podía trabajar; por ello decidió que todos nos fuéramos para allá. Fue una travesía difícil porque había que salir de Apurímac

7 Cuenca del río Ene. La denominación “Ene” es por la forma en que se presenta el encuentro de los ríos Mantaro y Apurímac, formando una letra “n” que se puede distinguir desde unos 200 metros de altura. La cuenca es navegable y su recorrido es de 135 kilómetros (Gobierno Regional de Junín, 2007, pp. 102-103).

8 Se refiere al Valle de los Ríos Apurímac, Ene y Mantaro, el cual incluye diversas zonas de los departamentos de Ayacucho, Cusco, Apurímac, Huancavelica y Junín. Actualmente es considerado como el centro del narcoterrorismo por la presencia de remanentes de Sendero Luminoso encabezados por Víctor Quispe Palomino “Camarada José”. Para más información consultar: Policía Nacional del Perú [PNP] (2019).

9 Según la Base de Datos de Pueblos Indígenas u Originarios del Ministerio de Cultura, la nomenclatura correcta con la que se denomina a esta comunidad nativa es la de “ashaninka”. Para más información, consultar <https://bdpi.cultura.gob.pe/pueblos/ashaninka>

a lomo de mula e ir hasta Ayacucho. De allí a San Francisco¹⁰, para luego viajar río abajo hasta llegar al Ene. Recuerdo que mi hermano menor nació en 1983 y él aún estaba chiquito cuando por fin llegamos, calculo que habrá sido alrededor de 1984 o 1985.

Vivíamos en un lugar llamado Puerto Unión Las Palmeras que pertenecía al Noveno Grupo y creo que era el último grupo de colonizadores dentro de la Colonización Santo Domingo.

Recuerdo que teníamos una enorme expectativa en ese lugar, porque era la selva y porque mi mamá ya nos había advertido que allí todo era grande. Las hormigas, por ejemplo, que acá son chiquititas, allá son tremendos animales llamados *isulas*¹¹. Además, al llegar al río Ene, encontramos que había muchos migrantes de las zonas andinas que vivían de lo que podía darles el monte. No había una producción masiva ni nada parecido.

Mi papá adquirió dos fundos: Villa Curi y Los Ángeles, y apostó por el cultivo de ajonjolí, maíz

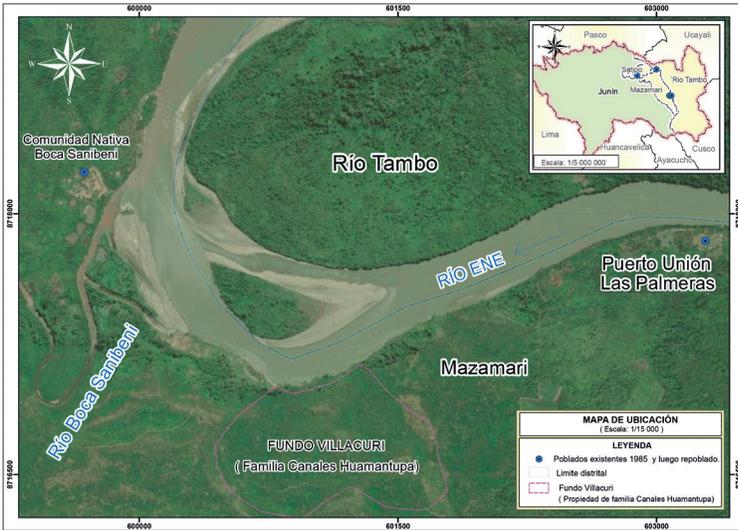
10 San Francisco se ubica en la región Ayacucho, provincia de La Mar, distrito de Ayna.

11 La *isula*, que habita en el Bajo Urubamba, es una de las especies más grandes de hormigas. Son cazadoras solitarias e inyectan el veneno de su aguijón a insectos incluso más grandes que ellas. Tomado de: <https://andina.pe/agencia/noticia-isula-conoce-a-hormiga-gigante-habita-la-selva-cusco-838024.aspx>

amarillo duro, maní y otros productos. Vivíamos en un lugar llamado Puerto Unión Las Palmeras que pertenecía al Noveno Grupo y creo que era el último grupo de colonizadores dentro de la Colonización Santo Domingo¹². Así se llamaban y así figuran en los documentos del préstamo agrario que hacía en esa época el Ministerio de Agricultura [Minagri]. Ambos fundos se encontraban dentro del distrito Río Tambo, provincia de Satipo, departamento de Junín. Aunque en realidad la delimitación territorial no era muy clara en ese tiempo.

En todo el poblado seríamos unas veinte familias. Por ejemplo, mi abuelo [materno] tenía como ocho hijos, de los cuales cuatro estaban casados y vivían con sus esposas, quienes a su vez habían traído a sus familias. Generalmente eran de la sierra y pocos de la costa. En el sector donde estuvimos, solo nosotros éramos de Lima. Lo que yo entiendo ahora es que si la familia de mi mamá llegó a colonizar esa zona era porque en esa época había mucha pobreza y hambre en la sierra. Entonces, todos veníamos de diferentes realidades y teníamos visiones diferentes.

12 Actualmente en el distrito de Mazamari, provincia de Satipo, región Junín.



Ubicación del Fundo Villacuri de la familia Canales Huamantupa en Junín.

Fuente: Elaborado por Clayde Canales.

Cuando llegamos había dos grupos sociales: uno formado por los colonos que ocupaban cierto sector y el otro por los nativos ashaninkas que tenían sus propias tierras. Nunca hubo conflicto con ellos, pero tampoco nos juntábamos ni compartíamos las mismas actividades. Otra cosa que pude observar en esa época fue el trato hacia las mujeres en las comunidades nativas, tan diferente al que estábamos acostumbrados. Yo veía que un hombre tenía varias mujeres, todas de diferentes edades. Ellas jamás hablaban con nosotros o con mi padre, que era con quien siempre trataban los ashaninkas.



Sarato ashaninka del VRAEM. Este objeto fue parte de un intercambio entre el papá de Clayde y los ashaninka.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

Los nativos vivían como en un universo paralelo: el sistema o el gobierno no existían para ellos, ni siquiera para registrar sus nacimientos. Tenían su propia forma de organización y su economía se basaba en el autoconsumo. Por su parte, los colonos a lo mucho, iban a la ciudad de Satipo para comprar fideos, aceite o sal, cosas básicas. La gente estaba mal nutrida, los niños tenían anemia porque no comían bien. Pero cuando mi padre apostó por la siembra de otros productos y estos comenzaron a salir hacia

Satipo y a venderse con éxito, todos los vecinos empezaron a producir lo mismo.

“Para mí, el lugar donde vivíamos era paradisíaco. Nunca escuché ni vi nada sobre drogas.”

Los colonos, en su mayoría andinos como ya he dicho, mantenían algunas de sus costumbres como el *ayni* para trabajar sus tierras o la *minka*¹³ para mejorar el colegio, los caminos o los puentes artesanales. Era todo un sistema de colaboración que había entre familias. La iglesia católica más cercana estaba en Puerto Ocopa, lo que significaba viajar todo un día en

¹³ *Ayni* y *minka* son dos formas de organización de ayuda mutua entre familias o grupos comunitarios en el área rural andina para la construcción de casas, sementeras o cosechas, sustentadas en el principio de la reciprocidad. El trabajo cooperativo basado en el “hoy por mí y mañana por ti” se diferencia de la *minka*, ya que esta era utilizada entre las comunidades campesinas mientras que el *ayni* se practicaba entre los miembros de una misma familia o *ayllu*. En ambos casos, los trabajadores eran agasajados e invitados, en un ambiente de celebración, a comer y a beber por cuenta del beneficiado con el trabajo grupal.

bote para asistir a misa. No había templo protestante ni evangélico, tampoco centros de salud. No sé si había médico o curandero, creo que solo estaba el de los nativos en la comunidad Boca Sanibeni.

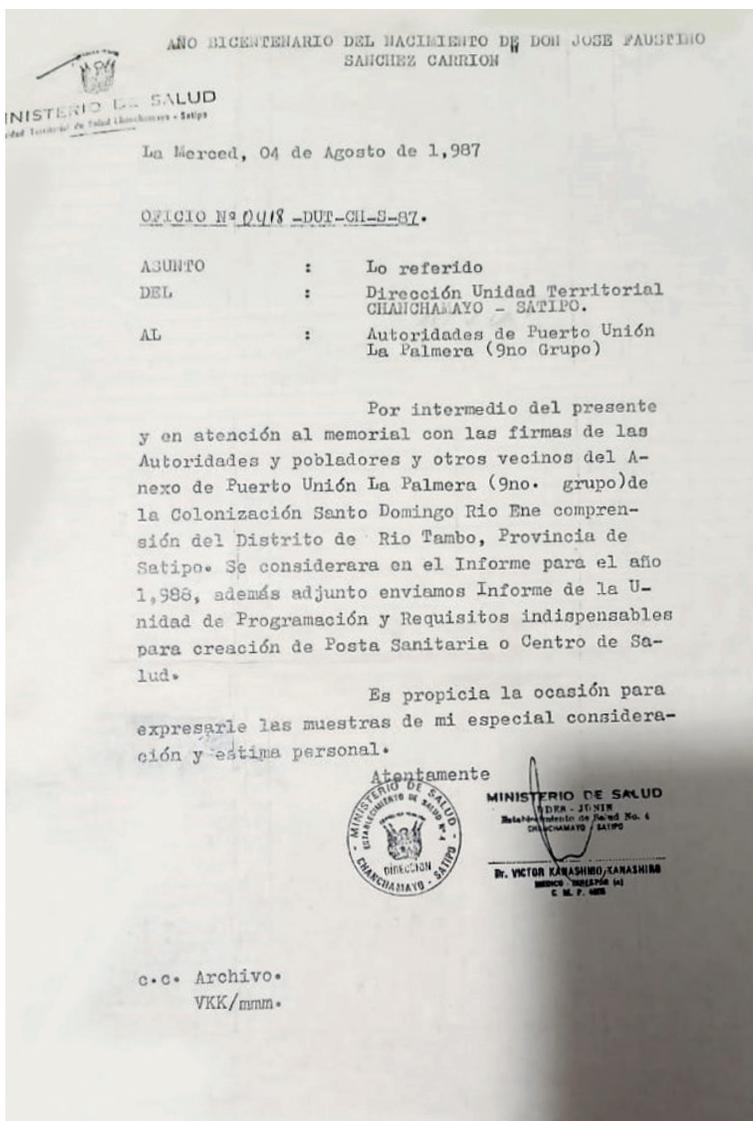
De esta forma, nativos y colonos vivían en mundos distintos. Es más, cuando mi papá empezó con el comercio salía a Satipo y traía, por ejemplo, pilas, tinas de plástico, *shorts*, machetes y se establecía una relación bonita con los ashaninkas, lo recuerdo hasta ahora. Él los canjeaba por un saco de mango, de coco o a veces había atrapado algún animalito que traía como mascota y lo canjeaba por gallinas. Esa era la práctica de intercambio, del trueque con ellos. Su forma de vida era espectacular. Como anécdota recuerdo que una vez aparecieron unos gusanos que se comían las hojas de la yuca y malograban el producto, y así no era comestible. Entonces llegaron ellos con sus canastas y recolectaron todos los gusanos, que les servían como alimento. Pero antes pidieron permiso, nunca hubo conflicto con ellos.

Ahora bien, el Noveno Grupo estaba muy cerca de la comunidad nativa, había solo un colegio y creo que un único profesor para los grados de primero a cuarto.

“*No había quinto ni sexto grado, por lo que la mayoría de adolescentes migrantes no podía terminar la secundaria.*”

Si alguien quería darles educación completa a sus hijos debía mandarlos a Satipo, que estaba a día y medio de viaje, y pagarles, además de una pensión, el alquiler de un cuarto para que pudieran vivir mientras estudiaban. Mis hermanos y yo fuimos a ese único colegio con niños que hablaban castellano y quechua. En la última etapa, antes de que el terrorismo tomara el poblado, vi que entraron dos o tres niños ashaninkas que servían como trabajadores a los colonos.

Nuestro profesor, que se llamaba Fulgencio, era un abusivo con los niños, les pegaba duro, los agarraba de las patillas, les daba cocachos en la cabeza, reglazos, jalones de orejas o los tenía toda la clase arrodillados sobre piedritas o algo parecido.



Oficio informando del memorial de los vecinos del Noveno Grupo de la Colonización de Santo Domingo del distrito de Río Tambo, provincia de Satipo, departamento de Junín, solicitando la creación de un centro de salud. La Merced, 4 de agosto de 1987.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

Creo que estaba estresado porque tenía que dictar sus clases a niños que hablaban tres lenguas. Nosotros apenas si nos mirábamos a la cara con los niños nativos. Ese era el único espacio social donde se mezclaban colonos con ashaninkas.

“*Para él,
la letra entraba
literalmente
con sangre.*”

A pesar de que mis padres no habían tenido mucha educación, cada vez que iba a Satipo mi papá nos traía libros. Siempre nos decía: “Lean, lean, lean”. Mi mamá apenas había llegado a segundo o tercero de primaria y mi papá solo completó su primaria. Sin embargo, él siempre anheló que nosotros fuéramos profesionales. Recuerdo que uno de sus castigos cuando nos peleábamos era sentarnos junto a un árbol a leer la Constitución Política del Perú. Por eso, cuando salimos de allí, mis padres rescataron

algunos libros que habían comprado y los habían metido en unos sacos de alimentos. Teníamos un diccionario que hasta ahora acompaña a mis sobrinos en Argentina.

El VRAEM durante el período de violencia (1980-2000)

El Valle de los Ríos Apurímac, Ene y Mantaro (VRAEM) es un territorio abrupto e inaccesible, con escasos servicios de agua, saneamiento y electricidad, además de problemas ambientales derivados de actividades mineras y agropecuarias. Asimismo, sus habitantes sufren problemas de salud por deficiencias nutricionales y los escasos servicios médicos y hospitalarios. La tercera parte de los jóvenes y adolescentes muere por violencia física provocada o por suicidio. Las leyes e instituciones del Estado no son capaces de mantener el control porque los actores no estatales poseen más poder que el Estado frente a la población. Desde la década de los sesenta, esta zona ha sido ocupada por bandas de narcotraficantes dedicados a hacer prevalecer el cultivo ilegal de coca y la producción de cocaína. Más tarde, con el inicio del período de violencia (1980-2000), la caída de los miembros de Sendero Luminoso condujo a que el VRAEM se convirtiese en lugar de refugio para la columna del líder senderista Óscar Ramírez "Feliciano". Esto último les permitió reclutar forzosamente a una gran cantidad de jóvenes de la zona. Tras la captura de Abimael Guzmán en 1992 y de "Feliciano" en 1999, los hermanos Quispe Palomino lideraron los remanentes senderistas en el VRAEM, autodenominándose Militarizado Partido Comunista del Perú y estableciendo relaciones con el narcotráfico.

Sendero Luminoso desata la violencia en el río Ene (1985)

En esa época –hablamos de 1985–, cuando estábamos en pleno apogeo económico vino el problema del terrorismo. Al aparecer los subversivos, algunos vecinos desaparecieron de la noche a la mañana. De lo bonito que era el poblado, de repente se convirtió en un pueblo fantasma. El sueño de mi padre de volver a comprar una casa en Lima y un camión se vino abajo, igual que el puente que unía Satipo con Puerto Ocopa al llegar la lluvia.

Después de 30 años regresé a recoger información. Quería saber qué pasó y recién lo entendí. Había, por ejemplo, dos o tres personas que formaron parte de Sendero Luminoso en Ayacucho y que se habían refugiado allí, en el Ene. Ellos fueron quienes les abrieron la puerta a sus camaradas. Otras personas ya habían vivido la violencia en la sierra, a principios de los ochenta, y escaparon al Ene. La diferencia con

nuestros vecinos es que ellos habían experimentado el terror por parte de los subversivos y nosotros por parte de las fuerzas del orden. Ignorábamos la magnitud de los acontecimientos.

Recién ahora comprendo por qué algunas familias se fueron rápido, por qué desaparecieron cuando llegaron los de Sendero. No les importó tener deudas con el Banco Agrario. Justamente mi padre se quedó por esas deudas y porque quería comprar un camión, una casa, pensando que todo iba a pasar pronto. Personalmente, siempre tengo en la memoria las palabras de mi abuelo Rufino Huamantupa Torres cuando le pedían salir de allí: “Ya estoy viejo, esto es todo lo que tengo, lo único que sé trabajar es la tierra. Ya pasará, ya se van a ir”. Pero nunca se fueron. Finalmente, lo mataron allí.

Cuando empezó la violencia, a mí me daba una pena terrible porque nosotros ya habíamos migrado, habíamos vivido en la capital y sabíamos a dónde ir, cómo ir y cómo escaparnos. En el caso de los nativos ashaninkas, ese era su hogar, no tenían más. Eran familias muy pobres, como les comentaba; igual que algunas familias andinas. Todo eso significó después

BANCO AGRARIO

LIQUIDACION - CONTRATO PRESTAMO DE
SOSTENIMIENTO AGRICOLA

ALBERQUE PTO. PANGOA - NO. TAMBO

P.I.S. 22.05.89

Préstamo No. SA 1169/89

Solicitado No. SA - 1749/89

Control Estadístico No.

CODIGO 01

Código Usuario 13

Finalidad Cta. 03-01100011

Prestatario 133

Sucursal 133

Agencia

Inspección

RUBRO I - Solicitante

Nombre HUAMANTUPA HUAMANI, NIEVES

Predio(s) "LOS ANGELES"

Condición Jurídica POSISIONARIO

Area Total 21,50 Ha

Region SELVA

Distrito de Riego JUNIN

Departamento SATIPO

Donjillo MISMO PUNTO

Provincia SATIPO

Sector RIO ENE 9no. GRUPO

Distrito PANGOA

(A) RUBRO II - Objeto y Garantía del Préstamo (B)

Sementera	Has Habilitadas	Monto Pto por Cultivo	Cod. Cultivo	Rend. Unitario	Rend. Total	Precio Unitario	Valor Total
AJOYJOLI	2.0	240,000.==	005	600 Kg.	1,200 Kg.	350.==	420,000.==
MANI	2.0	280,000.==	053	800 Kg.	1,600 Kg.	450.==	720,000.==
SOYA	2.0	280,000.==	084	1,200 Kg.	2,400 Kg.	212.==	508,800.==
Otras Garantías							
Totales	6.0	800,000.==					1'648,000.==

Valor Bruto de la Producción Total Garantías 1'648,000.==

RUBRO III - Análisis y Condiciones del Préstamo

Concepto	Alimenticio	No Alimenticio	Total
1. Plan de Inversiones	800,000.==		800,000.==
2. Imprevistos			
3. Arrastre, Pto.			
4. Ampliación			
5. Préstamo Principal	800,000.==		800,000.==
6. Saldo por arrastrar próxima campaña			
7. Préstamo Total	800,000.==		800,000.==
8. Intereses y comisión anual al rebatir	111.79 o/o		0% V.

RUBRO IV - Determinación del Valor Neto de Producción (V.N.P.)

RUBRO V. Plan de Reembolso

Valor bruto de la producción (V.B.P.)	Fecha	Monto	Cultivo
1'648,000.==			
Menos: (Art. 1190 del Estatuto)			
Intereses y comisión pte. préstamo	20.11.89	240,000.==	AJOYJOLI
Obligación Pto. No.	20.11.89	280,000.==	MANI
	20.11.89	260,000.==	SOYA
V.N.P.		560,000.==	
		1'088,000.==	
Al 74 o/o			
	Vencimiento de Pto.	20 NOV. 1, 89	

HEP 198 50

F-254

Liquidación de préstamo de sostenimiento agrícola del Banco Agrario otorgado a Nieves Huamantupa Huamani, posesionaria del predio "Los Angeles" en el Noveno Grupo, río Ene, distrito de Pangoa, provincia de Satipo (Junín) el 26 de mayo de 1989.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

un proceso que influyó en cómo y por qué nuestra realidad es lo que es.

De todo el grupo de esa comunidad que después huimos, solo un jovencito y yo tenemos educación. Hoy, cuando me encuentro con personas que conocí en esos tiempos, me doy con esa sorpresa, que ni siquiera pueden redactar un documento porque no tuvieron educación y les da miedo escribir. Hubo un par de familias que se fueron rápido, desaparecieron. Conversé después con mis tías y les pregunté: “¿Qué pasó? ¿Por qué ellos se fueron? ¿Por qué nosotros tardamos en huir?”. Ellas me contaron: “Ese señor estuvo en Ayacucho, en tal poblado, en tal otro sitio. Ellos venían de allá”. ¿Entonces qué pasó? ¿Ellos conocían lo que pasaba? ¿Sabían cómo actuaba Sendero? ¿Sabían cómo actuaban los militares? ¿Por eso se fueron?

Si bien en mi casa nunca se escuchó hablar de plantaciones de coca ni de narcotráfico, mis tías, que ya eran adultas en esa época, me dicen: “Ahí no había, hijita, pero más arriba sí. Y también había narcotraficantes”. Tienen razón porque alguna vez vimos a un grupo de colombianos, sabíamos que

negociaban arriba, lejos de donde nosotros vivíamos (Gootenberg, 2016, p. 245; García, 2013).

Cuando los subversivos llegaron, cogieron primero a los colonos. Ellos empezaron a escapar y, como necesitaban mano de obra para poder comer, recurrieron a los ashaninkas. Si alguien se negaba, lo mataban delante de todos para que el resto no se opusiera.

“*Si querías sobrevivir, tenías que estar calladito y esperar la oportunidad de poder escapar.*”

Cada día que pasaba era una tortura, teníamos miedo hasta de respirar porque podían malinterpretarnos y matarnos. Cuando nosotros escapamos la cosa se puso peor. Creo que lo hicimos justo a tiempo; si no, nos hubieran llevado al monte.

Escapando para sobrevivir: la salida hacia Satipo (1989)

Estuve en Puerto Unión, Las Palmeras, Noveno Grupo hasta que cerraron el colegio. Cuando yo cursaba el tercer año de primaria. Los terroristas habían destrozado nuestros libros de historia porque en ellos aparecían los héroes de la independencia o héroes como Miguel Grau, entre otros. Ellos nos obligaban a creer en su doctrina, pero el colegio seguía abierto, aunque el profesor Fulgencio había muerto. Yo no vi cuando lo mataron, solo sé que eso ocurrió en una reunión. Entonces, cada vez que los subversivos llamaban para cualquier reunión, temblábamos de miedo: no sabíamos a quién iban a matar o si ya nos tocaba a nosotros.

Como dije, más adelante cerraron el colegio y empezaron a llevarse a las personas mayores. A mis padres se los llevaban por días y regresaban asustados. Nunca nos dijeron lo que estaba pasando,

tal vez porque querían protegernos, pero veíamos que los adultos cuchicheaban entre ellos. Recuerdo una vez que estábamos en casa, tranquilos y empezó el ataque de las fuerzas del orden. Tuvimos que salir dejando todo como estaba e irnos al monte a escondernos y esperar a que pase todo. Nosotros queríamos que ellos nos sacaran del lugar, pero en vez de eso lo que pretendían era masacrarnos. No había un mañana, un futuro. Al colegio lo transformaron en un centro de entrenamiento.

“*Nos obligaban a fabricar armas con la madera balsa o “paloto” y comenzaron a entrenarnos. Si no les hacíamos caso nos golpeaban e insultaban.*”

Vivíamos en ese trance cuando un buen amigo de mi papá, que también era comerciante, le dijo que los

subversivos estaban conspirando contra él, que lo querían matar porque era un estorbo y no se alineaba a lo que ellos querían; no se quedaba callado. Así que ese señor ayudó a mi padre a sacar sus productos y algunas otras cosas a escondidas. Él también estaba huyendo y ese sería el último viaje que realizaría a Satipo porque no pensaba regresar. Escaparía en su bote. Entonces, mis papás nos escondieron cerca de la ribera del río. Cuando llegó el bote del amigo nos sacaron rápido de los matorrales y corriendo atravesamos la playa de piedras hasta embarcarnos. Mis piernitas se doblaban y a las justas llegué. Allí recién entendí que estábamos huyendo. Mi tía María [hermana de mi mamá] que llevaba a sus hijos Eberson y Jhonson; otro hermano de mi mamá, Fabián y mi tío Arturo. Mi otro tío Ajelio, que se quedó, sobrevivió, pero a mi abuelo lo desaparecieron en Anacaro¹⁴.

Pudimos huir porque los subversivos mandaron a mi abuelo y a uno de mis tíos a vigilar las salidas que existían a través del río. Ese día nunca lo voy a olvidar porque era el cumpleaños de mi abuelo:

14 Quebrada de Anacaro. Ubicada en la margen izquierda del río Sanibeni, cuenca del río Ene (Gobierno Regional de Junín, 2007, p. 103), forma parte del distrito de Pangoa, provincia de Satipo, región Junín (<https://mapasamerica.dices.net/peru/mapa.php?nombre=Quebrada-Anacaro&id=79817>).

“Salgan ustedes –nos dijo–, yo me quedo acá, si a mí me matan, no importa”. Mi tío se quedó para cuidar a su papá. Ellos nos protegieron para que podamos escapar. Después supimos que los subversivos nos siguieron, pero afortunadamente llovió muy fuerte y aumentó el caudal del río. Raro, pues nunca había llovido en esa época. No recuerdo si era junio o julio de 1989. En ese momento yo tenía nueve años.

Al amigo de mi padre –no mencionaré su nombre por seguridad– que nos ayudó a salir y a sacar nuestros productos, le debemos la vida. No lo he vuelto a ver hasta ahora. Ojalá algún día pueda agradecerle, pues soy de las pocas personas de ese poblado cuya familia está junta, aunque hayamos perdido a mi abuelo. Supe el año pasado que el señor está vivo y que los subversivos lo buscaron por mucho tiempo para matarlo.

Esa huida fue en realidad un proceso, no fue de un día para otro. Nosotros salimos antes de que las cosas empeoraran. Los senderistas eran cada vez más agresivos y se llevaban a la fuerza a los jóvenes. De la noche a la mañana ya no veías a los niños que iban con nosotros al colegio, porque se los habían llevado luego de llamar a una reunión. Debido a eso muchos



Llegada de familia de refugiados a Puerto Ocopa en 1994. El pueblo ashaninka sufrió las secuelas del secuestro y desaparición forzada en los campos de concentración de Sendero Luminoso.

Fuente: Leslie Villapolo. Fotografía ubicada en la muestra permanente del LUM.

buscaban cualquier excusa para salir y no regresar, pero cuando lo hacían los subversivos les daban un plazo para retornar, amenazándolos con matar a su familia. Hubo algunos que se fueron dejando a sus hijos, esposas, esposos y nunca más volvieron. Sé que después los terroristas comenzaron a recortar las salidas por el río, a bloquearlas. Tengo entendido también que mataron a muchos comerciantes para evitar que llevaran productos básicos hacia las comunidades.

Ahora bien, las fuerzas del orden que habían accedido a las partes altas del Ene masacraron a poblados

completos. En algún momento los militares también realizaron matanzas en las comunidades que estaban junto al río. Mientras eso sucedía, los terroristas les daban minutos a los pobladores para que recogieran sus cosas y con esa excusa se los llevaban al monte¹⁵.

Cuando “escapamos”, en realidad no lo hicimos. Y es que las personas que lográbamos salir vivíamos con miedo, porque todo el tiempo que estuvimos ahí, prácticamente secuestrados en la comunidad, nos decían que las piedras escuchaban, que donde estuviéramos, los ojos debajo de esas piedras sabrían dónde estábamos. Hasta ahora tengo la sensación de que me están viendo y oyendo. Lo otro es que los subversivos retuvieron todos los documentos de identidad habidos y por haber. Para empeorar las cosas, los *sinchis*¹⁶ en Mazamari detenían y desaparecían a la gente indocumentada.

15 Clayde señala que en esta época fue cuando Sendero Luminoso empezó a formar los “campos de concentración” donde tuvieron privados de su libertad a muchísimos prisioneros. Ver: CVR (2003, tomo V, pp. 241-277).

16 *Sinchis*: fuertes, poderosos en quechua. Los *sinchis* de Mazamari eran una unidad paracaidista de la Policía Nacional del Perú (PNP), especializada en la lucha contrainsurgente y antinarcóticos. Fue creada el 21 de junio de 1965 como parte de la Guardia Civil del Perú y paso a ser parte de la PNP cuando se integró en una sola institución en 1988. Jugaron un papel importante en la guerra contra el terrorismo entre los años 1980 y 1990.

Si nosotros –me refiero a mi familia– conservamos los documentos fue porque mis padres tenían sus dos fundos, donde logramos guardar nuestras identificaciones. Mi mamá nos cuenta que la situación se había puesto tan difícil que tenía que sacar las cosas poco a poco, sin que se den cuenta, en los sacos que se enviaba en los botes. Desde antes de huir mis padres iban movilizando productos: un saco de soya, otro de maíz y así. En esos sacos pusieron los documentos, algunos utensilios y un poco de ropa. Todo se iba rumbo a Satipo. No sé cómo coordinaría mi mamá la recepción de esos sacos ni quién guardaría nuestras cosas allá. Hasta ahora yo conservo documentos del Ministerio de Agricultura de esa época, los resultados de un censo que nos hicieron y otros papeles del préstamo del Banco Agrario.

Mi tío que sobrevivió me cuenta que un día los terroristas los obligaron a él y a un grupo de personas a irse con ellos. A los que estaban enfermos o se enfermaban en el trayecto los mataban porque representaban un estorbo, no servían para nada. A mi tío también quisieron matarlo. Él me dice que dos

veces intentó escapar después de que nosotros lo hicimos. La primera junto con mi abuelo y una señora que tenía como siete u ocho hijitos, se organizaron para salir y lo lograron hasta cierto punto, pero como los niños tenían hambre, hicieron una fogata para prepararles algo de comida; los descubrieron debido al fuego y los hicieron regresar. Esa vez no mataron a nadie. Sin embargo, a mi tío ya lo tenían marcado.

Una segunda vez trató de huir con mi abuelo y tres amigos más. Subieron a la parte alta de un cerro para ver por dónde podrían salir y al notar que los terroristas los seguían no tuvieron otra opción que tirarse a un hueco y permanecieron ahí como dos días escondidos hasta que se fueron. A mi abuelo lo atraparon y lo comenzaron a usar como carnada para agarrar a mi tío. Él me cuenta que como mono trepado en un árbol veía todo lo que hacían los subversivos y esperaba el momento adecuado para rescatar a mi abuelo e irse, pero los subversivos lo tenían como señuelo de acá para allá, esperando el momento en que apareciera. Finalmente, a mi abuelo lo mandaron a Anacaro, le ordenaron hacer una fosa junto con otras dos o tres personas más y allí los mataron.

Después, durante tres meses, mi tío viajó con otros desde Puerto Unión hasta Satipo. De noche nadaban, comían el pescado crudo, no cocinaban nunca, hasta que un día llegaron a Satipo, justo con el “toque de queda”¹⁷.

Él estaba junto al río como un mendigo, sin ropa, desnudo. Una tía mía los rescató y los escondió. Luego, a mi tío lo pudieron embarcar a otro sitio.

Muchas veces confundo a Sendero Luminoso y al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. A veces quiero saber cuál era la diferencia, quién era quién y me da miedo averiguarlo. Lo que yo sé es que las personas que estuvieron ahí hablaban demasiado del presidente Gonzalo, o sea de Abimael Guzmán. Por lo que yo entendí hasta ese momento y por la instrucción que nos daban, ellos querían que Abimael tomase el poder a la fuerza y para lograrlo no les importaba si en el camino mataban o masacraban a la gente. Por eso creo que tengo cierta repulsión a la política, al poder. Las personas que uno cree buenas se pueden transformar y eso es lo que yo he visto.

17 Prohibición o restricción, establecida por instituciones gubernamentales, de circular libremente por las calles de una ciudad o permanecer en lugares públicos en situaciones declaradas de peligro o emergencia.

Por otro lado, el día que arribamos a Satipo mi papá desapareció. Nosotros no sabíamos qué había pasado, pero nos quedamos juntos, mi mamá, mis hermanos, la abuela y mis tíos. Satipo era por entonces una ciudad pequeña, aunque cada vez empezaba a recibir más y más gente. Se había convertido en la tierra prometida. La ciudad estaba aún tranquila gracias a la presencia del Ejército, los poblados de alrededor todavía no habían sido atacados por los subversivos y no se habían activado las rondas campesinas.

¿Qué hacíamos nosotros? De repente había una persona que quería que deshierben su chacra que estaba fuera de la ciudad, entonces íbamos a trabajarla y así, siempre nos estábamos moviendo. Sin embargo, poco a poco, las ofertas de trabajo fueron escaseando y empezaron a aparecer muchas personas entregadas al alcohol. Por donde uno iba se encontraba con hombres y mujeres ahogados y perdidos en ese vicio. Nosotros vivíamos en un cuarto alquilado, pero mi mamá siempre trataba de escondernos para que no nos encuentren. Eso no lo sabíamos en ese entonces porque éramos pequeños. Mucho tiempo después nos enteramos de que nos mudábamos de acá para allá porque los subversivos

nos perseguían. Tampoco nos decía dónde estaba mi papá. Ahora lo entiendo.

“ *Los subversivos estaban acechando y cuando encontraban a las personas que habían huido se las llevaban para obligarlas a hacer pintas y cosas parecidas. Por eso siempre estábamos huyendo.* ”

La verdad es que estuvimos así bastante tiempo, pasamos muchísimas necesidades y no teníamos para comer. Para mí todo eso fue eterno, algo que jamás acababa. De repente un día, antes de Navidad, apareció mi tío Fabián y nos dijo: “Nos vamos”. Y así lo hicimos. Tomamos las cosas que teníamos a la mano y nos fuimos sin saber a dónde.

Conversando con mis tías que se quedaron más tiempo allá me dicen que al iniciarse el año de 1990 y más adelante, Satipo se transformó en un

lugar horrible. Empezaron los ataques tanto de los subversivos como de los *sinchis*. Los ríos se llenaron de muertos y por donde uno iba se encontraba con gente asesinada. Eso lo vivió mi tía María porque a mi tío Agustín Huamantupa Huamaní lo desaparecieron. Ella estuvo buscándolo en medio de esos cadáveres. Agradezco a Jehová por habernos protegido y sacado de allí antes de ver lo peor.

Las comunidades ashaninkas durante el período de violencia (1980-2000)

La extensión de la violencia hacia la selva del país repercutió drásticamente sobre comunidades nativas de la Amazonía, sobre todo en las ashaninkas. Durante la década de los ochenta, la contraofensiva militar del Estado peruano obligó a Sendero Luminoso y al MRTA a refugiarse en las ciudades de Satipo y Chanchamayo, respectivamente. Con el paso del tiempo, la presencia subversiva implicó la instauración de un estado de coacción que ejerció múltiples casos de violación de derechos humanos: masacres, reclutamiento de niños y la esclavización sexual de niñas y adolescentes. Entre 1989 y 1990, después del asesinato del líder Alejandro Calderón por parte del MRTA, se conformó el ejército ashaninka y logró replegar a los emerretistas. Esta iniciativa, junto a los comités de autodefensa, sería incorporada por el Ejército peruano en la lucha contrasubversiva. Sin embargo, en otras zonas de influencia senderista como Satipo se instauró un modelo totalitario y de violencia extrema que persistió mediante más masacres y campos de concentración, lo que tuvo como consecuencia que alrededor de diez mil ashaninkas fueran desplazados a la fuerza, seis mil fallecieron y cinco mil sufrieron cautiverio en los campamentos de Sendero Luminoso.

Partiendo hacia el Alto Huallaga, entre Huánuco y San Martín (1990)

Cuando salimos de Satipo, mi abuela y algunos de mis tíos se quedaron. No los volví a ver en años, hasta mi matrimonio. Mi mamá, mis hermanos y yo nos fuimos con mi tío Fabián a Huánuco. También nos acompañó la hermana de mi mamá, sus hijos y su hermano menor. Grande fue nuestra sorpresa cuando llegamos allá y nos encontramos con mi papá. Él se había escondido en Huánuco.

Había muchas chacras de gente que producía hojas de coca para vendérselas a otros. El trabajo consistía en jalar las hojas, cosecharlas y por eso nos pagaban. Nosotros éramos bastante pequeños, pero trabajábamos y terminábamos con los dedos llenos de heridas de tanto cosechar hojas de coca que era lo único que se cultivaba. No había otra cosa, no había otra forma de ganarse la vida.

La historia de mi tío Fabián es la siguiente: cuando viajamos con mis padres a Apurímac para establecernos en el Ene, él se quedó estudiando en Lima, luego creció y escuchó que en Tocache había plata, por lo que decidió irse a trabajar allá¹⁸. Cuando llegó se encontró con que también había terrorismo, motivo por el cual nos dio el encuentro en el río Ene y obtuvo su fundo. Mi tío conocía esa zona [del Alto Huallaga] y sabía a dónde ir y no ir. Él fue quien llevó a mi papá para Tocache. Ambos terminaron escondidos, pero él conocía personas, nosotros no. Así fue como todos nos reunimos en Huánuco.

No identifico exactamente el poblado al que llegamos. Sé que estaba a un par de horas de Madre Mía. Uno bajaba a la carretera e iba a Aucayacu, cruzaba el Huallaga y de ahí subía, si no me equivoco hacia el río Huamuco [sic]. Había que caminar casi todo un día para llegar a las plantaciones de coca¹⁹.

18 Tocache es provincia del departamento de San Martín, creada en 1984 y conformada por los distritos de Uchiza, Tocache, Pólvora, Nuevo Progreso y Shunté. Limita al sur con la provincia de Leoncio Prado, departamento de Huánuco y los valles del Alto Huallaga. Es una zona de colonización desde 1930 y atravesó diversos momentos de auge y decadencia de cultivos como barbasco, café, tabaco y palma aceitera. Desde 1980 hasta 1995 vivió del auge del cultivo de la hoja de coca y del narcotráfico, y con ello el período de violencia de 1980 al 2000 (Meza, 2013, pp. 105-110).

19 Por la ubicación geográfica es posible que Clayde y su familia hubieran llegado a algún pueblo o anexo del distrito de José Crespo y Castillo en la provincia de Leoncio Prado (Huánuco), en los límites con el distrito de Nuevo Progreso, provincia de Tocache, departamento de San Martín.

Hay una diferencia abismal entre el Ene y Huánuco. En el Ene crecía una variedad enorme de productos y convivíamos las familias andinas con nuestras tradiciones y los ashaninkas con las suyas. En cambio, en Tingo María (Huánuco) no existían frutas ni animales silvestres como los que había en el VRAEM. Creo que la forma en que fumigaban las hojas de coca impidió que crecieran otras plantas. Todo el sistema de agua estaba contaminado por los químicos que empleaban para fabricar la droga. Nos moríamos de hambre, literalmente, porque no había absolutamente nada, ni yuca, ni papaya, ni siquiera el maracuyá del monte. Casi nadie se conocía. Éramos peones y trabajábamos para la chacra a la que habíamos llegado. Nos pagaban por eso y nos servían todos los días una sopa de fideos con atún. Esa era la comida máxima a la que se podía aspirar allá.

No había presencia del Estado, ni una posta, ni un colegio, ni una iglesia. Y los campesinos que trabajaban cosechando las hojas de coca eran realmente muy pobres, recuerdo que había incluso niños sin ropa, calatitos. En ese lugar no vi, por ejemplo, subversivos. Sabía que estaban, pero lejos,

no se metían ahí, no atacaban a esa población, no al menos mientras yo estuve ahí. En el Ene no podíamos hacer nada debido a los terroristas, ni siquiera podíamos pensar por nosotros mismos. En Huánuco, la gente más bien trabajaba, cosechaba, sabíamos que los terroristas estaban, pero no venían a quitarnos la libertad. Sé que había grupos armados de Sendero Luminoso y del MRTA, pero no sé cuál de los dos era el que actuaba en Huánuco.

El retorno a Lima para rehacer nuestras vidas (1990 -1999)

Mi papá nos trajo a Lima para que vivamos con sus hermanos; sin embargo, él no se quedó con nosotros, volvió a Huánuco con mi tío. Estaba amenazado desde que salió del Ene: lo iban a encontrar donde sea. Eso fue a principios de la década de los noventa, cuando yo tenía diez años. Mis tíos habían migrado a Lima muy jóvenes, igual que mi papá. Nosotros fuimos llegando a la casa de cada uno de ellos. Desconozco si sabían por lo que estábamos pasando. En esos momentos no teníamos nada, solo la ropa que llevábamos puesta. Mi papá se había contactado además con sus primas y paisanos que trabajaban haciendo limpieza en diferentes casas para que nos consigan trabajo. A mí me pusieron a cuidar a un niño y a ayudar en una casa con los quehaceres domésticos. A mi hermana y a mi mamá, igual. A cambio nos daban alimento y alojamiento, pero

no nos pagaban un sueldo. Eso sí, se ofrecieron a mandarnos al colegio.

Yo pasé por tres casas y la verdad es que en todas ellas sufrí mucho maltrato y humillación. Lo único bueno es que en la última casa que estuve, antes de retornar nuevamente con mi familia, me enseñaron muchas cosas que más adelante me permitieron defenderme, y me sirvieron para trabajar e ir a la universidad. A veces me amenazaban con no mandarme al colegio y hasta me levantaron la mano, incluso no faltó algún familiar que quiso abusar sexualmente de mí. He tenido que pasar por todo eso. No sé qué cosas habrán pasado mi hermana y mi mamá que estaban en otras casas.

La verdad es que fue muy difícil ser niña, convertirme tan pronto en adulta y tener que aprender a defenderme. Fui discriminada por ser morocha y bajita, me hicieron sentir mal porque los hijos de mis patrones iban a la universidad y yo no era nadie. Comía en un rincón de la cocina y hasta tuve que dormir algunas veces debajo de las escaleras. Todo eso marcó mi vida. De todos los tíos que tengo acá, solo algunos de ellos que yo recuerde iban a ver

cómo estábamos o a sacarnos a pasear. Me quedé trabajando en casas como tres años, al igual que mi mamá y mi hermana. Todo ese tiempo me aferré a lo que mi padre me había enseñado para salir adelante: estudiar.

Me gusta leer mucho. Cuando era más joven leía de todo: historia, algo de arqueología y casi siempre los personajes que aparecían en mis libros eran sanmarquinos. Mi sueño, entonces, era ingresar a esa universidad.

Cuando llegué a Lima, los dueños de la primera casa que se habían comprometido a mandarme a la escuela me matricularon en un colegio cuyo número era el 3078 y que después de 1995 lo llamaron Héroe del Cenepa. Quedaba en Los Olivos, en la calle Angélica Gamarra, y estaba considerado como el último, al que nadie quería ir. Y es que al principio no me recibían porque tenía que empezar de nuevo desde el primer grado de primaria y yo ya tenía diez años; en la selva solo había llegado al tercer grado. El hecho es que a mi hermana también la matricularon en la misma escuela.

MINISTERIO DE EDUCACION
EDUCACION PRIMARIA

FICHA UNICA DE MATRICULA

I DATOS DEL EDUCANDO

Apellidos: Canales Huamantupa Nombre: Clayde
 Ocupación: _____ Religión: Catolico
 Lengua Materna: _____ Nacionalidad: Peruana
 Fecha de Nac: 8-19-79 Lugar de Nac: Lima
 Dist: Peru Prov: Lima Dpto: Lima

D O M I C I L I O				
Departamento	PROVINCIA	LUGAR	Arde CALLE/DIR	Nº
<u>Lima</u>	<u>Lima</u>	<u>Urban 81</u>	<u>Arde Calle Jirón</u>	<u>2052</u>

ESCOLARIDAD

UBICACION	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
GRADO	<u>2º</u>	<u>2º</u>	<u>3º</u>	<u>4º</u>	<u>5º</u>	<u>6º</u>	<u>7º</u>	<u>8º</u>
SECCION	<u>B</u>	<u>B</u>	<u>A</u>	<u>A</u>	<u>Unica</u>	<u>Unica</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
TURNO	<u>T</u>	<u>T</u>	<u>MATUTINO</u>	<u>TARDE</u>	<u>TARDE</u>	<u>Matutino</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
Nº MATRIC.	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>144</u>	<u>255</u>	<u>363</u>	<u>363</u>	<u>-</u>	<u>-</u>

CALIFICATIVOS FINALES POR ASIGNATURAS

Asignatura	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
Lenguaje	<u>18</u>	<u>18</u>	<u>16</u>	<u>16</u>	<u>16</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
Matemática	<u>18</u>	<u>18</u>	<u>15</u>	<u>15</u>	<u>17</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
CIENCIAS del Povo	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>17</u>	<u>18</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
Geografía	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
Edu. Civica	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
C. Naturales	<u>17</u>	<u>18</u>	<u>16</u>	<u>16</u>	<u>18</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>
Edu. Artística	<u>16</u>	<u>18</u>	<u>16</u>	<u>15</u>	<u>16</u>	<u>-</u>	<u>-</u>	<u>-</u>

Ficha única de matrícula de estudios primarios de Clayde Canales en Lima. Años 1990-1995.
Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

Cuando los profesores se dieron cuenta de que sabíamos leer y escribir nos promovieron de inmediato al siguiente grado. Sin embargo, en el Ministerio de Educación no quisieron recibir mi matrícula. Las personas para las que habíamos trabajado antes nos querían mandar a la nocturna; la verdad es que yo me negué a ir porque quería vivir mis etapas y no me agradaba la idea de estudiar con adultos. Pero

tuve que empezar de cero para seguir estudiando. En 1991 me cambié al colegio Juan Velasco Alvarado, donde cursé el tercer grado de primaria.

Uno o dos años después de habernos mudado a Lima, mi mamá nos recogió a todos para visitar a una tía suya que vivía por Puente Dueñas (Cercado de Lima). En eso mi hermana vio algo en el suelo y lo alzó, parecía un *sticker*, pero resulta que era un billete de cien dólares. Con ese dinero mis padres adquirieron un terreno en la zona donde vivimos ahora. Esos cien dólares significaron para mi familia volver a reunirse: mi mamá se quedó con nosotros y mi papá iba y venía una o dos veces al año. Mi hermano y mi mamá fueron los primeros en mudarse, yo me quedé un año y medio más trabajando en otra casa.

Pasado ese tiempo finalmente me pude reunir con ellos y culminé en 1994 la primaria en el colegio número 5088 Angamos [hoy Héroes del Pacífico], a la espalda del Liceo Naval. Recuerdo que el local era de esteras y estaba en medio de un basural. No tenía carpetas ni escritorio. Mi padre consiguió algunas maderas que el mar había dejado en la playa y con clavos reciclados nos armó una carpeta a mi

hermana y otra a mí. Recién al siguiente año nos dieron carpetas. En ese entonces había concursos de matemáticas a nivel distrital, en los que participaban colegios nacionales y particulares, incluyendo el Liceo y otros planteles invitados de Lima y Callao. En la primaria siempre ocupé primer puesto y solo una vez quedé en segundo.

Por esos días mi madre se iba muy temprano a trabajar y regresaba muy tarde, a veces no la veíamos. Mi hermana Carmen asumió su rol: cocinaba y se encargaba de mí y de mi hermano, aunque nosotros éramos completamente independientes y muy responsables. A pesar de nuestras limitaciones económicas, mi hermana y yo ocupamos siempre los primeros puestos en primaria y secundaria. Aprendimos a ser fuertes desde muy pequeñas, maduramos y pasamos de niñas a adultas de la forma más dura, por lo que siempre valoramos las cosas que teníamos. Quizás para los demás no significaba nada, pero el solo hecho de tener tranquilidad era suficiente para nosotros. No sabíamos si hoy o mañana íbamos a seguir vivos, no sabíamos cuánto tiempo íbamos a vivir. Por ello aprendimos a valorar la paz y la libertad. Teniendo paz, libertad y salud

podemos hacer muchas cosas. Todo se puede caer y lo podemos volver a armar.

“*Cuando iba al colegio me las ingeniaba para estar igual que los demás. Mientras todos lucían sus uniformes nuevos y sus libros a colores, yo llevaba las fotocopias y un uniforme que me habían regalado.*”

En secundaria también pasé etapas muy difíciles porque además de estudiar yo trabajaba en las vacaciones. El “paquetazo”²⁰ del año 1990 también nos agarró muy mal. Mi mamá y mis hermanos la pasaron horrible. Yo no lo sentí tanto porque estaba viviendo en otra casa.

Por otro lado, cada vez que quería ingresar a un

20 Conjunto de medidas económicas basadas en el alza desmesurada de precios para frenar la inflación y estabilizar la devaluación de la moneda. Fue implementada el 8 de agosto de 1990 por el ministro de Economía Juan Carlos Hurtado Miller en el primer gobierno de Alberto Fujimori. Fue popularmente conocido como “fujishock”.

buen colegio, donde enseñaran bien los cursos de razonamiento matemático y razonamiento verbal, me rechazaban por mi edad. Entonces tuve que estudiar en un plantel técnico inaugurado en la época de Alberto Fujimori. Así, ingresé en 1995 al colegio número 5098 Kumamoto [distrito Mi Perú, Callao], donde no le daban mucha atención a esos cursos, lo que me ponía en desventaja para postular a la universidad como era mi intención, aunque no tenía los medios para seguir una carrera profesional. Culminé en 1999 el quinto de secundaria y mi hermana terminó un año antes que yo.

El impacto de la violencia y del desplazamiento

Habernos mantenido siempre juntos se lo debemos a mi madre. Yo creo en Jehová desde que era niña y Él tampoco nos abandonó. Después de salir del Ene, no volvimos a ver a mis tíos por parte materna hasta que se masificaron los celulares y aparecieron el WhatsApp y el Facebook. Hay tíos que he visto después de treinta años y tengo primos adultos a los que recién he conocido. A otros familiares no los he vuelto a ver. Unos están en Ucayali, otros en Sepahua, en Satipo o en Huánuco. En todo este proceso hemos perdido a muchos parientes: a mi abuelo, a uno de los hermanos de mi mamá que dejamos en Satipo cuidando de mi abuela enferma. Se llamaba Agustín Huamantupa Huamaní y tenía 17 años. Ya para entonces los subversivos estaban atacando a la población y se habían formado las rondas de autodefensa. Nunca supimos quiénes lo desaparecieron, si fueron los ronderos, los militares o los subversivos.

La hermana de mi mamá, que se comprometió y tuvo mellizas a los 15 o 16 años, se quedó en Satipo durante el período de violencia. Cuando las niñas tenían tres meses de nacidas, desaparecieron a su papá y se quedó sola con ellas, separada de nosotros. Nunca más hemos vuelto a tener las vivencias que tiene una familia extensa. Incluso en el núcleo más pequeño (papá, mamá e hijos) no solíamos reunirnos. Cada uno se ocupaba de sobrevivir como podía. Nadie hablaba del tema y cada vez que intentábamos hacerlo era muy difícil. Tratábamos de bloquear nuestro pasado por temor a que nos señalaran o nos encontraran. Era tan fuerte este temor que aún hoy tengo miedo. Por ejemplo, cuando regresé a Satipo (ni siquiera a mi poblado) después de treinta años, me tembló el cuerpo cuando bajé del carro. No sabía lo que iba a ver ni con quién me iba a encontrar.

“*El impacto de la violencia que vivimos mi familia y yo ha sido horrible.*”



Agustín Huamantupa Huamaní, tío de Clayde, desaparecido a los 17 años en Satipo durante la década de los noventa.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

La verdad es que me resulta mucho más fácil dar una ponencia sobre mi profesión –soy geógrafa– que tener que hablar sobre lo que viví. Las secuelas han sido muy fuertes, incluidos sueños y pesadillas que me tienen decaída por uno o dos días. En algunos casos sueño con escenas que sí sucedieron. He visto morir a tanta gente que por muchos años he sentido que yo también era culpable por el hecho de no

haber hecho nada por los demás. He soñado, incluso, que yo había matado y escondido a unas personas. En esos sueños siento que tengo alas y que me las cortan, también los pies, y no puedo avanzar. Lo que realmente creo es que mientras no haya paz en un lugar no puede haber un mañana, no se puede pensar en el día siguiente, no se puede planificar, ni siquiera se puede salir al parque.

Lo más doloroso para mí, en esa época, fue el abandono en que nos tuvo el Estado. El Estado se olvidó de nosotros, de las personas que intentamos sobrevivir por nuestra cuenta. A nadie le importaba a dónde íbamos los que salíamos de allá, no les importaba si teníamos todas nuestras vacunas, si teníamos salud, si habíamos estudiado o no

No soy historiadora, pero lo que yo pasé se debe conocer, se tiene que saber cómo ocurrió y por qué se permitió que ocurriera, razón por la cual ruego que no vuelva a pasar. Si alguien me pidiera ahora que vaya a vivir a otra región, yo le diría que solo me siento segura en Lima, aunque esté contaminada y sea fea. Soy feliz cuando salgo de viaje porque me encanta

el Perú, pero si me tuviera quedar en cualquier otro sitio regresaría acá, aunque sea corriendo.

Cada vez que veo un nuevo caso de ataques o asesinatos por parte de los subversivos, o el rescate de personas que aún siguen atrapadas, me entra



Trayectoria del traslado de la familia de Clayde Canales en las décadas de los ochenta y noventa.

Fuente: CDI - LUM: elaboración propia.

la angustia y no dejo de llorar. Es un día perdido cuando los recuerdos afloran. Siento que en ese proceso cercenaron una parte de mí y que cargo una mochila pesada, que no me deja llevar una vida normal. Lo anecdótico es que al salir de allá le tenía miedo al uniforme militar camuflado, al ruido de los helicópteros.

Recuerdo que cuando era adolescente y escuchaba volar a esos aparatos me metía debajo de la cama y cuando veía a un uniformado tenía un mal concepto de él por los abusos que cometieron contra mi padre.

Sin embargo, al terminar la universidad, mientras hacía mis prácticas en el Instituto Geográfico Nacional (IGN)²¹, un día llegaron unos militares con su uniforme de camuflados. Casi me da un infarto. Quería llorar, sentía que perdía fuerzas. Luego me di cuenta de que eran seres humanos con sentimientos y eso hizo que mi trauma disminuyera. Ahora estoy casada con un militar y he aprendido a ver a sus colegas como seres con corazón. Solo ruego a Jehová

21 El Instituto Geográfico Nacional (IGN) es el ente rector de la cartografía nacional, con la misión de elaborar y actualizar la Cartografía Básica Oficial del Perú, proporcionando a las entidades públicas y privadas la información especializada que requieran para fines de desarrollo y de defensa nacional.

que jamás ponga a mi esposo en una situación como la que nos tocó vivir en aquellos tiempos, para que no haga daño a nadie.

El desplazamiento forzado en el Perú (1980-2000)

El desplazamiento forzado es un proceso migratorio que se produce en tiempos de convulsión social, económica o política en un determinado territorio. Para las Naciones Unidas, el desplazamiento interno ocurre cuando un grupo de personas se ve obligado, en un contexto que amenaza su supervivencia, a escapar de su lugar de residencia hacia otra zona dentro de la misma nación. En el Perú, el desplazamiento forzado producido entre 1980 y 2000 fue motivado por la agudización de la violencia entre las organizaciones terroristas y las fuerzas del orden, siendo las zonas más afectadas Ayacucho, Huánuco y Junín, justamente los lugares donde Clayde Canales y su familia residieron. A consecuencia de ello, fueron desplazadas alrededor de seiscientas mil personas, el 70% procedente de comunidades campesinas y en su mayoría mujeres y niños. Tras la presentación del Informe final de la CVR, en el año 2004 se aprobó la Ley N° 28223 - Ley sobre los Desplazamientos Internos y el Plan Integral de Reparaciones, considerando a las comunidades desplazadas como grupos beneficiarios de los programas sociales. Asimismo, el Registro Único de Víctimas del Consejo de Reparaciones también ha incluido al desplazamiento como una afectación.

Mi ingreso a la carrera de Geografía en la UNMSM (2000-2004)

Como ya mencioné, acabé el colegio en 1999. Entre los años 2000 y 2004 pasé el tiempo tratando de conseguir los medios para prepararme y postular a la universidad, muchas veces me hacían trabajar y no me pagaban. De esa manera, no podía matricularme en una academia. Yo trabajaba todo el día y estudiaba en las noches, al ver que no ingresaba empecé a desesperarme, pues estaba consciente de que necesitaba estudiar más horas, por lo que decidí hablar con la administradora de la academia Pitágoras (ubicada en la avenida Wilson, frente al Parque de la Exposición) para pedirle una beca. Esperé todo el día y no me recibió, creo que la conmovió el haberme visto parada en la puerta. Al día siguiente me mandó a llamar y me otorgó la beca. Eso fue en abril del 2004 y por eso estoy muy agradecida. Fueron los únicos que me dieron la mano en esos momentos.



Clayde Canales (primera de izquierda a derecha) en un trabajo de campo (Lima-Pucallpa) durante sus estudios de pregrado de la carrera de Geografía en la UNMSM
Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

Recuerdo que no tenía ni siquiera para el pasaje. Por más esfuerzos que mis padres hicieran y quisieran, en realidad no podían cubrir mis estudios. Así y todo, finalmente, en setiembre de 2004, logré ingresar a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), a la carrera de Geografía. Mis clases comenzaron en abril de 2005 y egresé en agosto de 2010.

Hubo veces en que no me alcanzaba para pagar la matrícula. Estando en San Marcos me hubiese gustado que, de repente, me dijeran: “Oye, sabes, no vas a pagar porque vienes en estas condiciones”. Pero no, no hubo eso sino hasta que salí de la universidad. Durante el tiempo de mi vida universitaria agradezco el apoyo brindado por Gregorio Páucar, su esposa Celia Llanos y la familia Herrera Espinoza.

De niña me preguntaba: “¿Y si escribo sobre todo lo que está pasando?”, pero después, como veía que a todo aquel que escribía o decía algo lo mataban, desistía de hacerlo. Todo el tiempo que viví en Apurímac, en el VRAEM y en Huánuco me hice preguntas. ¿Por qué había tanto contraste entre esos lugares y el Huallaga? ¿Por qué existían esas diferencias? ¿Por qué un grupo se comportaba de una forma y en otro sitio de otra? ¿Cómo dominaban el territorio? Así se fue construyendo mi vocación de geógrafa. A mí me gusta viajar mucho, mirar a mi alrededor y entender el espacio en el que estoy. También dar soluciones. Por eso mismo escogí esta carrera. Si no hubiese sido geógrafa, habría sido historiadora o arqueóloga. Cuando terminé,



Clayde junto a su padre Antonio Canales en la ceremonia de su graduación como geógrafa.
Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

decidí estudiar el lugar donde viví y así tener más información para que las políticas de Estado puedan tomar en cuenta esa realidad y las personas que viven allá tengan acceso a los servicios que este presta.

Asimismo, de pequeña, mi papá me traía libros cada vez que llegaba de Satipo: un atlas, el libro de texto *Escuela Nueva*, en fin. Los psicólogos de repente lo entienden mejor, pero desde mucho antes de que yo aprendiera a caminar recuerdo cosas. Miraba

algo y me decía: “Cuando sea grande me voy a acordar de esto”. Y observaba y observaba. Cuando ya estuve más grandecita y me llevaron a la sierra veía una realidad diferente, los niños hablaban y se comportaban distinto. Me fijaba en cómo eran las personas, las limitaciones que tenían y siempre me preguntaba por qué la familia de mi mamá había migrado al Ene. ¿Qué había pasado? También se lo preguntaba a mis tíos. Ahora voy entendiendo, además, que debido a la pobreza y al hambre mi mamá tuvo que venirse muy joven a Lima.

La CVR, reconocirme como víctima y el acceso a las reparaciones (2005-2016)

Ya en la universidad, o antes, escuché sobre la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). La vi entonces como algo lejano. Yo necesitaba fuerzas para trabajar, para comer, para estudiar y no podía darme el lujo de averiguar más sobre el asunto. Además, tenía miedo de hablar, de ser señalada, de poner en riesgo a mi familia. Creo que fue un error porque el no haber estado ahí o no haber levantado mi voz ocasionó que los eventos que ocurrieron en la selva central o en el VRAEM no fuesen considerados en toda su magnitud. Y es que cuando revisé un poco el *Informe Final* de la CVR, este señalaba que solo se había ingresado a las zonas cercanas a la carretera porque el conflicto aún continuaba. No se registraron vivencias como la mía.

Yo fui una de las niñas que sobrevivió, pero no todas tuvieron la misma suerte ni todas pasaron

por el mismo proceso de recuperación que se dio, por ejemplo, en Ayacucho o en otras zonas. La peculiaridad en el VRAEM fue que los subversivos llegaban armados y se llevaban a las personas que encontraban, incluso a comunidades completas, sin importarles nada. Mientras que los centros poblados de Ayacucho que sufrieron la violencia, como Chuschi, siguieron conservando sus nombres, en el VRAEM el proceso fue diferente.

“ *Hubo campos de concentración a donde se llevaban a las personas en masa, las desaparecían.* ”

Quienes lograban regresar a su pueblo se encontraban con que ya no tenía el mismo nombre.

Hoy en día muchos que somos de allá y queremos registrarnos como víctimas no podemos hacerlo porque no existen datos. Los parámetros diseñados

para registrar y reconocer a las víctimas están hechos pensando en todo el proceso que se vivió en Ayacucho y en otras partes del país, pero no en la forma como se dio en el VRAEM. Como dije al inicio, no había iglesia, el Estado estaba ausente, nadie registraba a los habitantes. ¿Cómo se puede comprobar que existieron personas que uno ha visto morir o que se llevaron de nuestro lado?

Son esas cosas las que me hubiese gustado que tomen en cuenta en la CVR. En esa época yo estaba emocionalmente bloqueada y creí que al estudiar y convertirme en profesional podría seguir con mi vida, pero no fue así. Si bien egresé, empecé a trabajar y a estudiar una maestría, había un hueco en mi interior, un vacío o algo que me amarraba. Emocionalmente no estaba preparada para seguir avanzando. Debía eliminar primero los demonios que tenía dentro. No lo he superado, aunque erradamente haya pensado que sí. He contado incluso cómo me asustaba ver a gente a la que le tengo mucho cariño usando ese uniforme militar camuflado. Sabía que no me iban a hacer daño, pero no lo podía tolerar. Hasta ahora no soy muy amante de ese uniforme. Y me enamoré

de mi esposo que es militar porque es una persona maravillosa.

Hasta ese momento no podía entender qué sentían la esposa o la hija de un militar que había actuado en la época de la violencia. Yo lo veía más por el lado del poblador, del campesino, que nada tenían que hacer ahí y de pronto se vieron entre tres fuegos: ronderos, militares y terroristas. Los tres los querían cazar y se agarraban entre ellos y les sacaban la mugre. Esa era la sensación que tenía. Sin embargo, ahora ya no veo a los militares con tanto rencor, ni con tanta rabia, ni con tanto dolor.

¿Cuándo comencé a aceptar lo que me pasó y los sentimientos que me perseguían? Estando en la maestría. Me matriculé en agosto de 2013 en la maestría en Ciencias Ambientales, con mención en Ordenamiento y Gestión Ambiental del Territorio; pero la tuve que dejar en agosto de 2014, retomándolo en 2015 y culminándolo en 2016. La principal limitación para continuar con mis estudios fue siempre económica. El proceso de violencia nos dejó en la miseria. Esa limitación tampoco me permitió desenvolverme como hubiese querido en pregrado y



Clayde Canales (al centro con pantalón crema) en trabajo de campo de la maestría de Ciencias Ambientales en la UNMSM.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

en posgrado, por lo que tenía que trabajar duro para ir a clase cada día. Muchas veces llegaba agotadísima a la universidad o preocupada por los materiales de estudio o el pago de la pensión. Hoy todavía no he sacado el grado de la maestría. Allí fue que me pregunté: “Si yo también he sufrido todo esto, si parte de mi vida ha sido mutilada, ¿por qué no me consideran víctima?”.

Ahí es donde empiezo a fijarme en las conclusiones de la CVR. También me ocurrió algo que me hizo pensar aún más: siempre soñé con estudiar una maestría o

un doctorado en el extranjero. Por ese motivo, cuando salió la convocatoria para la Beca Presidente de la República en el año 2013 o 2014²², inmediatamente revisé las bases y noté que no cumplía con el rango de edad. Tenía más años de los que se requerían. Entonces me pregunté por qué me limitaban. ¿Acaso yo tenía la culpa de haber terminado tan tarde la universidad? Por enésima vez el Estado me daba la espalda.

A raíz de eso recordé que había visto en Facebook unos comentarios acerca de la reparación en educación²³ para las víctimas de la violencia originada por Sendero Luminoso. En el 2014 comencé a indagar y recién me enteré de la existencia de organizaciones de víctimas en Lima. La verdad es que no lo sabía. Pero, para mi sorpresa, hasta el día de hoy, las de mayor visibilidad son las provenientes de Ayacucho y de

22 La Beca Presidente de la República fue creada en el 2013 durante el gobierno de Ollanta Humala Tasso. Este programa social estuvo destinado a jóvenes que buscaban realizar estudios de posgrado en universidades del extranjero (Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo [Pronabec], 2014).

23 Las reparaciones en educación es parte de las políticas públicas a cargo de la Comisión Multisectorial de Alto Nivel (CMAN), entidad dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Fue creada por Decreto Supremo N° 011-2004-PCM y se encarga de seguir las acciones y las políticas estatales de reparación individual y colectiva a las víctimas del período de violencia (1980-2000) en los ámbitos de educación, salud, acceso de vivienda, restitución de derechos ciudadanos, reparaciones simbólicas y colectivas. Para mayor información puede consultarse: <https://bit.ly/3E4UROs>

otros sectores. Acá [en Lima] no hay organizaciones de víctimas de la selva central que vivieron lo mismo que yo. Me imagino o concluyo que fue porque la mayoría estaba conformada por ashaninkas o migrantes de la sierra que se quedaron allá, si es que sobrevivieron. Pocos fueron los que vinieron a vivir a la capital.

Averigüé la manera de registrarme como víctima, junto a los 23 miembros de mi familia que habían sufrido lo mismo que yo.



Clayde y sus padres Antonio Canales y Nieves Huamantupa en la ceremonia de egresados de la maestría de Ciencias Ambientales en el Centro Cultural de la UNMSM.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

Sin embargo, cuando fueron a hacerlo de manera masiva en Satipo, el Registro Único de Víctimas [RUV]²⁴ del Consejo de Reparaciones solamente había considerado la inscripción de víctimas por la muerte de mi abuelo, nada más. Los hijos de mi abuelo y otras familias no pudieron inscribirse como víctimas directas, sin que nadie les explicara claramente las razones.

Cuando traté de registrarme me di con la sorpresa de que no cumplía los requisitos porque no había sufrido un proceso similar al que vivieron las víctimas de la región Ayacucho. Me di cuenta entonces de que mi experiencia había sido otra y en un contexto totalmente diferente. Me pusieron una serie de limitaciones y me solicitaron una cantidad de requisitos que jamás podría cumplir. Ni yo ni mis familiares. Y resulta que no solamente éramos nosotros sino todas las personas que habían sobrevivido a esa época en el VRAEM.

24 El Registro Único de Víctimas (RUV) es el instrumento público de carácter nacional, inclusivo y permanente al que pueden solicitar su inscripción todas las personas y comunidades afectadas durante el proceso de violencia ocurrido en el Perú entre mayo de 1980 y noviembre de 2000.

Estaba en medio de estos trámites, cuando recordé que en el Instituto Geográfico Nacional (IGN) hice una consultoría relacionada con la actualización de los nombres de la Carta Nacional escala al 25000 del VRAEM²⁵. Fue allí cuando noté que los nombres de los centros poblados de la zona donde yo había vivido no coincidían con los de la Carta, pues podían tener hasta tres denominaciones diferentes según los registros de cada una de las instituciones públicas. Normalmente, cuando se hace ese tipo de cartografía oficial, el Estado o el IGN tienen que hacer clasificación de campo y esa información es la que manda. En este caso, como el VRAEM es una zona convulsionada, se hizo la cartografía, pero no la clasificación de campo.

Por ello, tuve que investigar la toponimia, la cartografía, los límites administrativos antiguos, según los documentos de esa época, para que me inscriban como víctima y resulta que ese centro poblado se sigue llamando Puerto Unión, tal y como lo dejé, pero para el Estado aparece con otros nombres. Si no fuera geógrafa o no hubiese trabajado

25 El servicio pudo haberse desarrollado en los años 2014 o 2015 (IGN, 2014, p. 87; IGN, 2015, p. 99).

actualizando los nombres de los centros poblados del VRAEM, simplemente no me hubieran registrado²⁶. Siempre me decían: “Tu centro poblado no existe. Me estás mintiendo”. He tenido que llegar hasta allí y demostrárselos: “Oigan, ese lugar existe y se llama tal”. Para mi buena suerte, mi mamá fue precavida y en medio de los sacos de soya y de maíz que sacó cuando huimos, había guardado –como ya les conté– documentos de los dos fundos que tuvimos, donde figuran los préstamos del Banco Agrario, en los que consta la existencia del pueblo y que ahí vivieron los usuarios que sus funcionarios atendieron cuando yo era niña²⁷.

En suma, gracias a la geografía he podido entender la mitad de lo que pasó en mi país y de lo que me ocurrió a mí. La otra mitad creo yo sería comprender un poco mejor, a través de la política, qué sucedió. Se requieren decisiones políticas para que puedan

26 Clayde Canales ya se encuentra inscrita en el RUV con el código P12021264.

27 Clayde señala que: “El otro problema de estos pueblos ubicados en el VRAEM es la jurisdicción territorial del distrito y de la provincia a los que correspondían en esa época y que fue la que yo declaré al momento de registrarme. Actualmente pertenecen a otra jurisdicción, aunque los documentos del Banco Agrario confirman lo que yo había manifestado. Para ilustrar lo señalado, tuve que hacer mi mapita y decir: “Esto era así, pertenece acá. No he regresado y no sé cómo se llaman ahora, ni sé cuál es la delimitación territorial que consideran ahora”. Fue una de las cosas más difíciles que tuve que afrontar”.

estudiar quienes no tienen las mismas oportunidades. Por más que exista Beca 18, por más que existan las Becas VRAEM, hace falta algo más para que todas las personas tengan acceso a la educación²⁸.



Reencuentro familiar luego de 30 años con motivo del matrimonio religioso de Clayde Canales.

Fuente: Archivo personal de Clayde Canales.

²⁸ Estas becas educativas son ofrecidas por el Pronabec, a través de concursos públicos, a jóvenes peruanos de escasos recursos económicos, brindándoles acceso y permanencia a una educación superior de calidad, hasta su culminación, desarrollando un modelo de acompañamiento integral del beneficiario.

Mi participación en las organizaciones de víctimas, regreso a Satipo y el proyecto Bosque de la Memoria (2016-2020)

Fue en tales circunstancias que decidí integrar a las organizaciones de víctimas que existen acá [en Lima] que se hallaban separadas y descoordinadas. Por ello, para conocer los datos que estaban trabajando entre estas agrupaciones a nivel nacional y las autoridades, creamos la Coordinadora Regional de Víctimas del Período de Violencia (Coravip – Región Lima), con el fin de coordinar y hacerles llegar algunas observaciones a los representantes de dichas organizaciones, integrantes de mesas de trabajo junto con la Comisión Multisectorial de Alto Nivel (CMAN) del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos (Minjusdh) y otras autoridades, y así conocer lo que estaba pasando en esas instancias.



Clayde Canales (al centro de chompa roja) en una reunión de la junta directiva de Coravip – Región Lima (5 de octubre de 2019).
Fuente: Archivo de Coravip – Región Lima.

Actualmente soy la secretaria de esta asociación [Coravip – Región Lima]²⁹. El requisito más difícil de cumplir para que los familiares de quienes desaparecieron o fueron desaparecidos accedan a las reparaciones es que regresen al centro poblado donde vivieron la violencia y que una autoridad local les otorgue una constancia de que vivieron allí. En nuestro caso fue muy difícil conseguirla porque los perpetradores podían estar cerca o aparecer como arrepentidos. Quienes viven hoy en esas zonas ya no son los que uno conoció –recordemos que fueron llevados a campos de concentración y desaparecidos,

29 Las entrevistas con Clayde se realizaron el 22 y 25 de enero del 2021.

y los que sobrevivieron huyeron a otros lugares–, sino quienes fueron a repoblar nuevamente las comunidades debido a una campaña que hizo el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000)³⁰.

Aparte, las personas que están ahí no quieren reconocer a los antiguos pobladores porque piensan que uno va a reclamar las tierras con las que se han quedado. Entonces simplemente dicen: “¡Ah, no! ¡Cómo te voy a firmar lo que yo no sé!”. Algo similar pasó cuando pedimos a las autoridades la constancia de que mi papá perdió un ojo a consecuencia de la violencia que sufrió en Apurímac. Hasta ahora no terminan de registrarlo como víctima³¹.

Por otra parte, Satipo sigue siendo el centro del resto de los poblados que están al interior del VRAEM y siento como si estos últimos no existiesen. Si alguien nació, digamos en Puerto Unión o más al fondo, tiene que buscar la forma de salir para registrarse en Satipo. Es el mismo abandono de hace treinta

30 Entre 1993 y 1996 el gobierno de Alberto Fujimori estableció los programas nacionales de apoyo a la repoblación para personas y familias que habían sufrido los efectos del desplazamiento durante el período de violencia (1980-2000). El objetivo era ayudarlas a volver a sus lugares de origen impulsando la mejoría de sus condiciones de vida.

31 Antonio Canales Castro ya se encuentra inscrito en el RUV con el código P12021265.

años. Por cosas como esas yo no podía registrarme en el RUV. Por ello, en el 2018 viajé a Satipo para participar en un congreso de víctimas en el coliseo Shirampari. Allí pude comprobar que muchas personas, al igual que yo, han tenido problemas para que se les reconozca como víctimas. Esto porque la CVR cerró sus investigaciones en el año 2003. Como quiera que el conflicto proseguía en el VRAEM, sus investigadores llegaron solo a ciudades como Satipo y no pudieron recoger más información de lo que había ocurrido al interior. Allí hay un proceso no documentado. Por eso, consideré que ya era hora de hacerlo y dar a conocer aquello que no se había registrado.

Así, empezaron a contactarme otras personas de la selva central que tenían el mismo problema para registrarse. Con un poco más de preparación y con el apoyo de Coravip – Región Lima y la mediación de la Defensoría del Pueblo, solicité que se realizaran reuniones para profundizar el estudio de los casos ocurridos en el VRAEM y que las víctimas pudieran ser incluidas en el RUV. En este aspecto, el accionar del Estado ha sido deficiente y considero que, conociéndose ya estos problemas derivados de la

falta de información, podría mejorarse el sistema para registrar a más personas.

El hecho de regresar a Satipo me permitió, además, reconstruir mi propia memoria. La tecnología me ha ayudado a acercarme un poco más al lugar, a conversar con mis padres, con mis tíos, aunque no me guste hablar de esos temas por teléfono porque es doloroso.

“*Algunas veces he tenido que llorar con la familia e ir reconstruyendo lo que pasó antes y después de la violencia.*”

En ese contexto también me fui encontrando con otras personas que vivieron, en esa misma época, en un poblado más lejos o más cerca de donde estábamos. Juntos hemos ido armando el rompecabezas y me fui dando cuenta de quiénes eran. Quién era el malo, quién era el bueno, quiénes fueron los primeros fundadores y a quién debo pedir más información.



Clayde Canales participando en las actividades del proyecto del Bosque de la Memoria. Lima, 7 de diciembre del 2019.

Fuente: Archivo personal de Luyeva Yangali.

Empecé a sistematizar esta información y a explicarla desde las ciencias sociales, tratando de explorar el territorio con curiosidad de geógrafa. Tengo la intención de organizar esos datos para compartirlos con las personas que me han ayudado a reconstruir esa memoria, y que quieren que se sepa lo que pasó y que se les tome en cuenta. A mí me da mucha tristeza cuando voy al Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM) y veo una sección que dice “Selva Central”, pero es solo un pedacito. No se reflejan las masacres que los sobrevivientes



Clayde Canales participando en las actividades del proyecto del Bosque de la Memoria. Lima, 7 de diciembre del 2019.

Fuente: Archivo personal de Luyeva Yangali.

recuerdan y no están registradas. Siento que no se ha escrito nada sobre esto o que solamente se describe una pincelada. Hay muchas cosas que me pregunto cuando voy a la selva central, cuando veo a las comunidades ashaninkas y observo, por ejemplo, un antes y un después de la violencia. Los nativos no son los mismos que los que conocí cuando estuve allá, ni en su forma ni en su estructura.

Hoy la mujer está más empoderada, antes no hablaba, estaba calladita, detrás del patriarca de la

familia. Los ashaninkas están más organizados, pero me entristece que sigan abandonados. La verdad, cuando estoy allá quisiera hacer tantas cosas, quisiera convertirme en Superman y empezar a cambiarlo todo. De repente no lo puedo hacer, pero desde mi conocimiento, desde mi profesión, puedo aportar para que se conozca un poco más, para valorar la potencialidad que tiene ese lugar.

Con ese propósito nació en Lima el proyecto de un Bosque de la Memoria, a raíz de una conversación con Luyeva Yangali³² y cuando empecé a andar, a conocer, a identificarme con otras víctimas. Me contacté con otros dirigentes como Rosa Luz Pallqui, Luis Arones y María Elba del Castillo. Luyeva me dijo: “Mira, hicieron un proyecto de un Bosque de la Memoria con Gisela Ortiz, ¿qué te parece si hacemos algo similar?”. Yo le respondí: “Sí, es buena idea”.

La ciudad está muy contaminada y debemos contribuir de alguna manera porque no solamente tenemos que asumir el papel de víctimas pasivas, sino dejar algo que nos represente, como que dejáramos

32 Presidenta de la Asociación Nacional de Familiares de Desaparecidos, Ejecutados Extrajudicialmente y Torturados (Anfadet).

nuestro corazón: un arbolito que se identifique con el dolor que pasamos o con el familiar que perdimos.

Justo antes de la pandemia empecé a trabajar en un proyecto para una consultora levantando toda la cartografía de la Municipalidad Distrital de Independencia (norte de Lima) y me enteré de que estaban haciendo una forestación en las laderas, contando ya con la infraestructura para ello. Luyeva, yo y otras víctimas conversamos con la señorita que estaba a cargo de la gerencia de ese proyecto medioambiental y de reforestación. Ella estaba más o menos al tanto del tema de las víctimas y nosotras nos ofrecimos como voluntarias para trabajar en brigadas, preparar hoyos, ayudar a sembrar árboles y crear de paso nuestro Bosque de la Memoria. Este funcionaría como espacio para conmemorar lo pasado y lo perdido, y para que cada cierto tiempo acudiéramos con nuestros hijos, con nuestras familias y superáramos juntos nuestro dolor. Así que fuimos cada sábado o domingo para trabajar allí mientras hacíamos memoria.

La segunda etapa de este proyecto estaba programada para los meses de marzo y abril del año pasado

[2020], pero ya no se pudo por razones obvias. Trabajamos duro con Luyeva, estuvieron las víctimas y fue interesante que junto con las personas que nos acompañaron en el trabajo y que ya no están con nosotros a causa de la COVID-19, como la señora Lili [Cubas Rivas], hayamos dejado nuestros arbolitos. El de Lili fue uno de los primeros que sembramos y esperamos poder continuar con la iniciativa una vez que termine la emergencia sanitaria. Es una de nuestras formas de sanar. Cada vez que me siento estresada, presionada o triste, voy, hago mis hoyitos, siembro mis plantas, converso con otras víctimas, me distraigo y regreso más tranquila. De paso, regalamos nuestro esfuerzo y nuestros arbolitos a la ciudad, para que esté más bonita y ambientada en beneficio de las familias y los vecinos.

A comienzos de 2019 me planteé un proyecto para actualizar los datos de los centros poblados con la cooperación de las comunidades. Ese año avancé en levantar información de la selva central respecto a lo que quedó inconcluso en el informe de la CVR. Ahora seguimos en eso, pero hay dificultades porque se tiene que coordinar con el IGN, pedirles información y ver a qué otras entidades del Estado se podrían

recurrir para hacer viable este proyecto. Otro de los temas que me interesan es capacitar a los jefes de las comunidades que generalmente se movilizan a pie para cazar y saben dónde están las fosas con los cuerpos de los desaparecidos. Podrían tomar fotos con sus celulares registrando lo que encuentren, acceder a Internet, levantar esa data en mi sistema de información geográfica y a través de ella ampliar lo que ya sabemos. Esa era la idea.

En el año 2020 volví otra vez a Satipo y justo en ese momento vino la pandemia, la cuarentena obligatoria y me quedé atrapada allá cinco meses³³. Entonces me desplazaba a campos alejados y cuando llegaba la noche, aunque fuera sin luz, yo ya estaba viendo por qué parte de la casa escaparía si aparecía alguien. La verdad es que no sé cómo he hecho para llegar hasta donde estoy. Hubo momentos en los que he tenido que desacelerar porque ya no podía avanzar, justamente por todo el impacto de la violencia en

³³ Tras la confirmación del primer caso de COVID-19 en el Perú el 6 de marzo del 2020, el gobierno declaró el estado de emergencia nacional y aislamiento social obligatorio a partir del 14 de ese mes. Asimismo, se dispuso el cierre de fronteras y la suspensión de diversas actividades económicas, medidas que tuvieron que ser prorrogadas una y otra vez ante el agravamiento de la situación. Para más información puede consultarse *El Peruano* (2021) y Andina (2021). Las entrevistas con Clayde se realizaron el 22 y 25 de enero del 2021.

mi vida. Y actualmente sigo en eso: desacelerando y tratando de acelerar otra vez.

Por todo lo vivido y por nuestros desaparecidos no sé a quién juzgar, todo se lo dejo a Jehová. No sé si los que nos hicieron daño están vivos, pero creo que para ellos lo mejor sería estar muertos.

Reflexiones finales: jamás olvidar

Veo una sociedad que ignora lo que pasó. El abuelito sí vivió la violencia, también el papá y la mamá, pero no le hablan de eso a sus hijos que escucharon sobre los coches bomba o que han visto algunas escenas violentas por la televisión, y piensan que es algo ajeno. Hay mucha dejadez. Muchas veces, cuando he conversado con compañeras de trabajo sobre las cosas que me habían ocurrido, ellas no tenían idea. Me decían: “Clay, no sabíamos de eso, no sabíamos que existía el Lugar de la Memoria. Hay muchas cosas que no sabíamos, ¿eso ha pasado en nuestro país?”. Pues sí, eso pasó.

Dentro del Estado, el tema de la violencia también es un tabú, no quieren hablar al respecto, y si lo hacen solamente se refieren a una parte de lo que pasó. Igual ocurre con los grupos políticos: solo quieren tocar un

aspecto de aquella época o satanizar otros. Además, no se llega a enseñar en los colegios la verdad de lo que sucedió. Hoy en día un joven termina su secundaria y no sabe lo que pasó en aquellos años, ni conoce el contexto; luego aparece algún fanático, le cuenta cuentos y termina tergiversando la historia.

“*Es muy peligroso no enseñar correctamente sobre el terrorismo.*”

Al Estado le importa poco o nada la mutilación prácticamente de raíz que sufrimos las personas en ese proceso. Y digo “mutilación” porque parte de nuestra vida terminó cercenada. En mi caso, por ejemplo, me quedé congelada a los ocho años y recién reaccioné cuando terminé la universidad. Esto ha tenido muchas implicancias en mi vida porque empecé el colegio tarde, la universidad tarde, mi

carrera profesional tarde y mi vida personal tarde. Otras personas a las que les pasó lo mismo que a mí y a la misma edad no han tenido ni siquiera la oportunidad de estudiar. En la selva central esas personas se han empobrecido.

El testimonio que ahora doy no solo lo hago en mi nombre, sino en el de todas esas personas que terminaron en un campo de concentración y fueron asesinadas allí; en el nombre de los niños que de repente se quedaron sin padre y sin madre, separados de sus familias. He conversado con muchas víctimas y no he sabido cómo darles una palabra de aliento. He tenido la suerte de mantener intacta a mi familia cercana: padres y hermanos. He perdido a mi abuelo y a mis tíos, pero gracias a Jehová estoy viva y puedo reconstruir mi historia. Desde la tribuna en que me encuentro quiero ayudar a los demás. Agradezco a las organizaciones de víctimas que me abrieron sus puertas, que me permitieron expresarme y escucharon mis ideas. He podido hacer memoria, decir lo que pasó y lo que podemos hacer por aquellos que todavía no pueden salir adelante.

Agradezco a dirigentes como Luyeva Yangali y Rosa Luz Pallqui, que me acompañaron a recordar; y en la selva central le doy las gracias a María Elba del Castillo que, como puede, trata de ayudar a las personas que tiene cerca; desde Coravip – Región Lima la apoyamos. Agradezco asimismo a todas aquellas personas que me dieron una mano en este difícil camino, por haberme ayudado a ser quien soy después de haber escapado de la violencia. Creo que con un poco de conocimiento y ciencia podemos dar a conocer todo aquello que vamos recogiendo en la ruta que hemos emprendido.

“*La idea es orientar y alimentar la reconstrucción de nuestra memoria y de nuestra historia.*”

En lo único que quisiera insistir es en que esto jamás se repita. No quisiera tener un hijo o un nieto que pasen por lo mismo. Nuestra responsabilidad como sociedad es la de evitar que se den las condiciones para que se genere un escenario sangriento como el que vivimos. Es urgente documentar lo que sucedió para que nunca más vuelva a ocurrir.

Testimonio de Antonio Canales Castro³⁴

Contaré lo que me sucedió entre 1980 y 2000. Recuerdo que en esos años se vivieron muy malos momentos en el Perú. Cuando apareció Sendero Luminoso (1980) yo vivía en Lima y todos los que veníamos de Ayacucho, Apurímac o Cusco éramos discriminados y no podíamos trabajar en ninguna empresa. Con la excusa de que no había completado diez años de servicio, fui obligado a renunciar a mi trabajo. En marzo de 1983 regresé a mi tierra, el pueblo de Mara Mara en Apurímac, donde nadie quería ser autoridad. Los policías del lugar me nombraron teniente gobernador en julio o agosto y ahí es cuando todo me empezó a ir muy mal, porque no había garantías para mi vida ni seguridad para ejercer el cargo.

³⁴ Padre de Clayde. Actualmente tiene 66 años y vive en Lima.

Yo no conocía a la gente que vivía ahí, pero había varias personas metidas con Sendero Luminoso. Me agarraron cólera, además, porque el 18 de diciembre de 1983 rechacé un balance de cuentas presentado por el director del colegio en el que estudiaba mi hijita mayor –que estaba en primer grado– y por el presidente de la Asociación de Padres de Familia (APAFA). Me pareció que exigían muchos gastos a los más humildes. Para vengarse, me denunciaron como subversivo y me entregaron a la Policía³⁵.

Recuerdo que me detuvo un teniente de apellido Aguilar, quien tenía como consigna que todas las terroristas usaban blusas rojas y por ello había matado a una señora que encontró en el camino arreando sus ovejas, cargando a su bebito, pues tenía la ropa de ese color. Cuando le metió el balazo, la señora se fue rodando con su criatura por la ladera. Por esos sitios, muchos inocentes, que no tenían nada que ver con los senderistas, fueron condenados y asesinados por las fuerzas del orden.

³⁵ En su testimonio, Clayde señala que su padre fue detenido por miembros de las Fuerzas Armadas.

“*Luego de detenerme,
me ataron,
me maltrataron
y me golpearon.*”

Al llegar al distrito de Chungui (provincia de La Mar, Ayacucho), después de 48 horas de viaje, amarrado y sin probar ni agua, encontramos al señor Celestino Roca, padrino de mi papá y gobernador de ese pueblo. Me conocía desde chiquillo porque yo había trabajado en su chacra de la selva y les dijo a mis captores: “Él es familia, ¿cómo es posible que lo detengan?”. Don Celestino tenía amigos en la Fuerza Aérea del Perú (FAP) y se comunicó con el general Huasco (Flores) y con el mayor Zamora, encargado de la base militar en el distrito. Solo así me liberaron, previo pago al teniente Aguilar. Sin la intervención de don Celestino me habrían matado.

Después de esa experiencia y, a pesar de ser teniente gobernador, decidí irme a la selva con mi esposa y mis

tres hijos, para intentar olvidar las cosas. Arribamos al río Ene en octubre de 1984. La zona estaba dividida en nueve grupos y nosotros llegamos al último, donde estaba la familia de mi señora. Allí mi suegra me dio un pedacito de terreno para sembrar maíz, arroz y algo de comer. Pasado un tiempo compramos un terrenito y empezamos a trabajarlo.

Al principio, el ambiente estaba bonito y como hubo cambios en la directiva vecinal me pidieron que participara, nombrándome cabeza de lista para la presidencia del Consejo de Administración. Finalmente, logré ser parte de la directiva de la comunidad en la colonización del río Ene, en Puerto Unión, Las Palmeras. Empezamos a trabajar con préstamos del Banco Agrario. Con el fruto de mis cosechas yo pagaba los préstamos. Después empezamos a sembrar papaya, un negocio que resultó rentable.

Cuando llegué todos se burlaban diciendo que con tanta papaya terminaría haciendo sopa de papaya, hasta que un día, cuando las plantas estaban cargadas de frutos, un bote se detuvo en la ladera del

río a contemplarlas y me dijo: “El miércoles estoy de regreso, recoge todas las papayas”. Me dejó costales, guantes y me pagó por adelantado. Así fue como inicié el comercio y todos mis vecinos siguieron mi ejemplo.

Por unos dos años vivimos tranquilos: cosechábamos y vendíamos. Recuerdo que la convivencia entre colonos y la población ashaninka era armoniosa. Yo les agradezco bastante porque cuando llegamos no teníamos nada que comer y al encontrarnos con los ashaninkas, ellos nos regalaban pollitos, yuca, plátano, naranjas. Cuando tenían bastante pescado decían: “Toma, llévate”. Nos trataban como si fuéramos familia.

Al año y medio de estar allí [1986] llegó Sendero Luminoso. Al principio nos obligaban a ir a sus reuniones en el Ene, Puerto Unión o Las Palmeras. En esos días, uno no le podía decir nada a nadie, pero siempre había alguien que se iba de boca y ahí es donde comienza el maltrato. Tanto por parte de las fuerzas del orden, como de Sendero y de los que hacían las rondas, obligados por los subversivos. No

sabíamos ni siquiera si los miembros de las fuerzas del orden se disfrazaban como terroristas; aunque posteriormente pudimos reconocerlos, ya que los militares llegaban con buenas armas y los otros con escopetas.

Poco a poco los senderistas aparecían con más y más frecuencia. En el mismo pueblo había gente comprometida con ellos. Incluso, muchos habían escapado de Ayacucho en 1980 y consiguieron terrenos durante la colonización. Cuando llegaban nos reunían a todos, a cualquier hora.

Nos decían: “¿Por qué teniendo tanta riqueza hay tanta pobreza? No hay igualdad”. Si bien iban de pueblo en pueblo, había momentos en que hacían reuniones a nivel departamental. Entonces nos obligaban a ir a un sitio específico, participar con ellos y escucharlos durante dos días. A veces ordenaban que tres o cuatro pobladores de la comunidad fueran a tal o cual sitio. Si no obedecían los mataban. ¿Quién nos defendía? Nadie.

“*Muchos niños fueron separados de sus padres, pues los preparaban para la guerrilla.*”

Los de Sendero también empezaron a matar a los ashaninkas. La situación empeoró cuando las fuerzas del orden hicieron lo mismo. Muchos nativos fueron aniquilados siendo inocentes y otros comenzaron a desconfiar de los colonos.

El último año que mi familia y yo permanecemos en el lugar, los senderistas ya no nos dejaban trabajar, mis hijos no podían ir al colegio y no nos permitían pedir préstamos del Banco Agrario. Fue así como el 9 de julio de 1989, con la poquita producción que vendí y dejando todo lo demás, nos fuimos llevando solo una mochila, la ropa que teníamos puesta y los pasajes en la mano. “No creo que vayamos a morir de hambre.

En algún sitio tenemos que sobrevivir”, me dijo mi esposa. A partir de ese momento empezaron las matanzas entre un grupo y otro [Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru – MRTA]. Si no hubiéramos escapado ese día, hoy no existiríamos. Mi suegro y mi cuñado se quedaron para proteger algunas cosas, pero mi suegro murió allí y ni siquiera hemos podido enterrarlo. Mi cuñado logró escapar años después.

Esa misma noche llegamos a Satipo. Yo tuve que desaparecer porque sin duda me iban a matar al día siguiente. Cuando los terroristas se enteraron de mi partida fueron hasta mi pueblo, Mara Mara, para averiguar mi paradero. Ellos hacían eso porque pensaban que uno los podía delatar. Después fueron a Satipo para hablar con mi señora y ella les dijo: “Su tía se lo ha llevado a Estados Unidos. Ya debe estar por allá. Por eso yo estoy acá con mis hijos”. Quisieron obligarla a regresar, pero ella no cedió. Ahí fue cuando mi esposa me dijo que tenía que conseguir un lugar en Lima para que los niños

pudieran ir a la escuela. Si no hubiera sido por esa decisión de separarnos, ninguna de mis hijas habría estudiado.

Antes de que mi familia viniera a Lima, salí de Satipo y llegué a un pueblo llamado Aucayacu, distrito José Crespo y Castillo, provincia de Leoncio Prado, departamento de Huánuco, en lo que es el Alto Huallaga. Ahí trabajé como peón. La misma comunidad me cedió una parcela de tierra para sembrar algo y así lo hice, como en el Ene. Sembré arroz, maíz, yuca y plátano.

Al mismo tiempo era cosechero, especialmente de hojas de coca. Nos pagaban por libras y pude llevar a mis hijos y a mi señora con seguridad a ese lugar, pero fue por muy poco tiempo porque en el Alto Huallaga lo que ganaba era solamente para comer, no había préstamos ni colegios, así que decidí que se mudaran a Lima. Sin embargo, primero había que conseguir un lugar para vivir. Como no teníamos una casa fija, mis hijas pequeñas empezaron a trabajar cada una

en una casa. Gracias a eso hemos sobrevivido. Yo me quedé más tiempo en Aucayacu porque podía al menos trabajar por un jornal.

La vida en el Alto Huallaga era tranquila porque sus pobladores no le hacían caso a los de Sendero, paraban más en el monte y era imposible reunirlos. En Aucayacu, por ejemplo, la chacra estaba a siete u ocho kilómetros de distancia de las viviendas. Entonces, la gente no regresaba sino una vez a la semana o cada 15 días. Nosotros también trabajábamos hasta terminar la cosecha, lo que duraba unos 20 días. Nos metíamos al monte y no salíamos a la carretera, no nos liábamos con nadie.

Recuerdo también los abusos que cometían los militares de la base contrasubversiva de Madre Mía³⁶. En una oportunidad, una señora me contrató para manejar un bote, de manera que la gente pudiera cruzar el río Huallaga.

³⁶ La base contrasubversiva de Madre Mía se ubicaba en el Alto Huallaga, en los límites de los departamentos de Huánuco y San Martín.

“Un día,
como a las seis
de la mañana,
vi que desde la
base militar venían
flotando 25 muertos.”

El Ejército siempre hacía rondas imprevistas. Si se daban cuenta de que alguien se metía al monte y no lo veían después, lo seguían y lo capturaban. Si no tenía su documento de identidad en el bolsillo, también lo capturaban, a pesar de que uno nunca lo llevaba a la chacra para evitar que se mojara con la lluvia. Y nunca más regresaban. El hecho es que me quedé en esa zona cuatro años más, trabajando, sin mi familia. Cuando me reuní con ellos en Lima, más o menos en 1994 o 1995, busqué una ocupación y no volví más.

Decidí quedarme en Lima porque un amigo me ayudó. Actualmente sigo haciendo distintas cosas, yendo de un lado a otro, de aquí para allá. No tengo

una ocupación segura y solo cuento con pagos interdiarios. Desde que perdí mi ojo izquierdo, porque el teniente Aguilar me golpeó con la cache de su arma, no he recibido ninguna reparación. Así como estoy, me resulta difícil conseguir un trabajo, tampoco puedo hacer mucha fuerza porque la lesión me está afectando el otro ojo.

Todos esos años en el Ene la pasamos muy mal. Mi familia pudo haberse destruido, como sé que le pasó a mucha gente que perdió a sus hijos, a sus padres y a sus madres. Es muy difícil entender lo que pasó en esa época. Pese a todo, mis hijas y mi hijo salieron adelante, estudiando y trabajando al mismo tiempo. Ver hoy a mi hija Clayde con una profesión significa que lo hicimos bien.

Testimonio de Rubén Quillahuamán Conde³⁷

Soy de la comunidad campesina de Racchi Ayllu, distrito de Huayllabamba, provincia de Urubamba, ubicada a treinta o cuarenta minutos de la ciudad de Cusco. Tengo 36 años. Soy técnico de tercera del Ejército y también ingeniero civil por la Universidad Peruana Los Andes, donde actualmente estoy en proceso de titulación.

Conocí a Clayde en el trabajo, cuando era alumno de la Escuela Técnica del Ejército como auxiliar de ingeniería. Al graduarme como suboficial, gracias a un convenio con el Instituto Geográfico Nacional (IGN), algunos compañeros y yo fuimos designados para realizar allí nuestras prácticas y colaborar con proyectos de elaboración cartográfica. Eso fue en el año 2010 y ella estaba ahí, pero solo la conocí de

³⁷ Esposo de Clayde Canales, actualmente ambos viven en Lima.

vista. Después me fui a provincias durante un año y medio. A mi regreso, me enteré de que el IGN necesitaba personal y como soy fotogrametra³⁸, tuve la oportunidad de participar en la cartografía escala 25 mil del VRAEM.

Allí volvimos a coincidir. Al inicio fue muy difícil entablar una amistad con ella porque no era tanto de abrirse y socializar.

“Lo que más me impactó fue su personalidad: humilde y sencilla.”

Siempre he valorado esas cualidades porque veía casos de desigualdades entre personas de diferentes clases sociales y yo no quería tener, en ese aspecto,

38 La fotogrametría es la técnica cuyo fin es estudiar y definir con precisión la forma, dimensiones y posición en el espacio de un objeto cualquiera, utilizando esencialmente medidas hechas sobre una o varias fotografías de ese objeto. De este modo, proporciona información para la elaboración de la cartografía y sobre otros temas como la ocupación del suelo, urbanismo, ordenación del territorio, catastro, gestión forestal e hidrología.

problemas en mi vida. Repito que eso fue lo que me llamó la atención: su humildad. Porque puedo reconocer, y gracias a Dios lo he superado, lo que es tener la autoestima baja. Vengo de provincia y he progresado prácticamente solo. La veía en el trabajo y me sentía menos. Por ese lado, había un poco de temor, pero poco a poco he ido cambiando y mi autoestima ha crecido. Un día la invité a salir y a compartir.

Al comienzo no me contaba mucho de sí misma y todo se fue dando poco a poco. Sin embargo, me decía que tenía miedo y me narraba sus anécdotas en el IGN. Allí, mayormente, los militares usábamos uniforme para el trabajo y ella me comentó que la primera vez que me vio vestido así, se le bajó la presión y se puso mal. Para mí, la verdad, ha sido un poco difícil comprenderlo porque en ese momento no sabía de su pasado y de todo lo que había vivido en su niñez. Tampoco le preguntaba mucho y procuraba no tocar el tema.

En el 2014 me destinaron al VRAEM, donde estuve dos años. Esa fue una experiencia que la verdad me hizo reflexionar y ponerme en el lugar de la población

civil, porque lamentablemente falleció un amigo con quien había compartido muchísimas cosas. También me sirvió para entender mejor la historia de Clayde.

Ya casados, cada vez que yo intentaba contarle algunas de mis vivencias en el VRAEM, ella se ponía a llorar.

“Una vez le dije:
“No puedes
estar así toda la vida.
Hay que conversar,
exteriorizar todo eso.
Hablarlo, decirlo”.
Y así fue soltando
poco a poco.”

Hace tres o cuatro años, ella participó en una entrevista en el LUM como una de las víctimas del período de violencia (1980-2000) y ahí es cuando empezó a hablar. Fue un proceso muy difícil. Recuerdo cuando la señora Rosa María Palacios conversó con ella en

una emisora de radio. No pude ir, pero la escuché en el trabajo y me puse a llorar muchísimo. Esa fue la primera vez que habló entre lágrimas y respondió a las preguntas que le hicieron. Desde ese momento fue superando lo que vivió, pero no del todo. Sin embargo, día a día está mejorando.

• • •

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Andina (2021).

COVID-19: hace un año Perú confirmaba su primer caso de coronavirus.
Lima, 6 de marzo.

En <https://andina.pe/agencia/noticia-covid19-hace-un-ano-peru-confirmaba-su-primer-caso-coronavirus-836289.aspx>

BBC News Mundo (2021).

Perú: cómo es el VRAEM, el “valle de la droga” en el que ocurrió la
masacre de 16 personas atribuida a Sendero Luminoso.

Lima, 25 de junio.

En <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-57240760>

Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) (2003).

Informe Final (tomo V).

Perú.

Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) (2004).

Hatun Willakuy: versión abreviada del *Informe Final* de la CVR. Perú.

Coral, Isabel (1994).

Desplazamiento por violencia política en el Perú, 1980-1992.

Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Diez Hurtado, Alejandro (2003).

Los desplazados en el Perú.

Lima: Comité Internacional de la Cruz Roja.

Durand, Natalí (2015).

“Cuando los ríos se cruzan: etnicidad, memoria y mitos
en el conflicto armado interno peruano: una mirada
desde el pueblo asháninka” (Tesis de maestría, Facultad
Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito).

En <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/8498/2/TFLACSO-2015NSG.pdf>

El Peruano (2021).

A un año del caso cero.

Lima, 6 de marzo.

En <https://elperuano.pe/noticia/116503-a-un-ano-del-caso-cero>

García, Jaime (2013).

Documento 18. 2013: La situación del narcotráfico en la región Junín.
Lima: Instituto de Estudios Internacionales y Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
En <https://idei.pucp.edu.pe/libros/doc-18-Junin.pdf>

Gobierno Regional de Junín (2007).

Estudio de diagnóstico y zonificación para el tratamiento de la demarcación territorial de la provincia de Satipo.
Huancayo: Gobierno Regional de Junín.

González, Sandra (2018).

“El desplazamiento forzado interno: una comparación entre Colombia y Perú”.
Estudios Políticos (53), pp. 100-125.
En http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-51672018000200100

Gootenberg, Paul (2016).

Cocaína andina: el proceso de una droga global.
Buenos Aires: Eudeba, Universidad de Buenos Aires.

Ibáñez, Eduardo (2018).

“Los problemas de diseño y ejecución de políticas públicas en la lucha contra el tráfico ilícito de drogas y el terrorismo en el VRAEM, en el período 2010-2016”
(Tesis de maestría, PUCP, Lima).
En <https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/14842>

Instituto Geográfico Nacional (IGN) (2014).

Memoria Anual 2014.
Lima: Oficina de Planificación y Presupuesto del IGN.
En <https://app8.ign.gob.pe/GestionDocumental/Documento.aspx?id=2704>

Instituto Geográfico Nacional (IGN) (2015).

Memoria Anual 2015.

Lima: Oficina de Planificación y Presupuesto del IGN.

En <https://app8.ign.gob.pe/GestionDocumental/Documento.aspx?id=2705>

Mendoza, Leonardo (2012).

“Los nuevos horizontes de las familias desplazadas de Ayacucho y Huancavelica, proceso de inserción en zonas urbanas: el caso de Huancayo”

(Tesis de maestría, PUCP, Lima).

En <https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/4666>

Meza, Mario (2013).

Justicia y poder en tiempos de violencia.

Orden, seguridad y autoridad en el Perú. 1970-2000.

Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

En <https://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/174260>

Ministerio de Salud (MINSa) (2012).

Análisis de la situación de salud del Valle de los Ríos Apurímac, Ene y Mantaro (VRAEM).

Lima: Ministerio de Salud, Dirección General de Epidemiología.

https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/389948/An%C3%A1lisis_de_la_situaci%C3%B3n_de_salud_del_Valle_del_R%C3%ADo_Apur%C3%ADmac_Ene_y_Mantaro_-_VRAEM20191016-26158-kb8kv.pdf

Núñez, Verónica y Danitza Rojas (2020).

“La relación entre las actividades del narcotráfico y los remanentes del terrorismo en el VRAEM con respecto a la seguridad nacional del Perú”

(Tesis de bachillerato, Universidad San Ignacio de Loyola, Lima).

En <http://repositorio.usil.edu.pe/handle/USIL/10856>

O'Donnell, Guillermo (1993).

"Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales: una perspectiva latinoamericana con referencias a países poscomunistas".

Desarrollo Económico, 33(130), 163-184.

En <https://www.jstor.org/stable/pdf/3467251.pdf>

Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1996).

Informe del Representante del Secretario general, Sr. Francis M. Deng. Estudio de caso desplazamiento: Perú. Agencia de la ONU para Refugiados [ACNUR].

En <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2001/1548.pdf>

Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1998).

Principios rectores de los desplazamientos internos.

Agencia de la ONU para Refugiados [ACNUR].

En https://www.acnur.org/prot/prot_despl/5bff2c864/principios-rectores-de-los-desplazamientos-internos.html

Palacios, Rosa María (24 de mayo de 2022).

"A pensar más" con Rosa María Palacios.

Lima: Sociedad Dominica de Medios de Comunicación

En <https://www.youtube.com/watch?v=Trev9pfw30A>

Policía Nacional del Perú (PNP) (2020).

Memoria 2019: por el orden interno, por la vida y la paz.

Lima: Dirección contra el Terrorismo.

Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo (Pronabec) (2014).

Beca Presidente de la República.

Lima: Pronabec.

En http://www.pronabec.gob.pe/inicio/publicaciones/documentos/beca_presidente.pdf

Villapolo, Leslie y Manuel Cornejo (2007).

“Niños y mujeres asháninkas víctimas del conflicto armado interno”.

Quehacer, 167, julio-agosto.

Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO).

En <http://www.desco.org.pe/recursos/sites/indice/752/2111.pdf>

Villasante, Mariella (2014).

La violencia senderista entre los asháninka de la selva central. Datos intermediarios de una investigación de antropología política sobre la guerra interna en el Perú (1980-2000).

Lima: Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la PUCP (Idehpucp).

En <https://idehpucp.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/2014/05/Seminario-ashaninka-Idehpucp-Mariella-Villasante.pdf>



Bajada San Martín 151
Miraflores, Lima - Perú



lum.cultura.pe

Síguenos también en:



Narradora 8. Clayde Canales

La violencia desatada por las organizaciones terroristas como SL provocó que muchas familias abandonaran sus hogares para desplazarse hacia nuevos espacios. De esta manera, se alejaron del terror, enfrentando nuevos desafíos y aventuras para alcanzar el sosiego en una nueva vida. El desplazamiento de la familia de Clayde Canales (Lima, 1979) la llevó a vivir en Apurímac, Ayacucho, Junín (VRAEM), Huánuco (Alto Huallaga) y finalmente Lima.

1. TODA PERSONA TIENE DERECHO A LA LIBERTAD DE REUNIÓN Y ASOCIACIÓN.

2. NADIE PUEDE OBLIGAR A PERTENECER A UNA ASOCIACIÓN.

OPINIONES Y RECIBIR INFORMACIONES Y DIFUNDIRLAS, SIN LIMITACIÓN DE FRONTERAS, POR CUALQUIER MEDIO DE EXPRESIÓN.